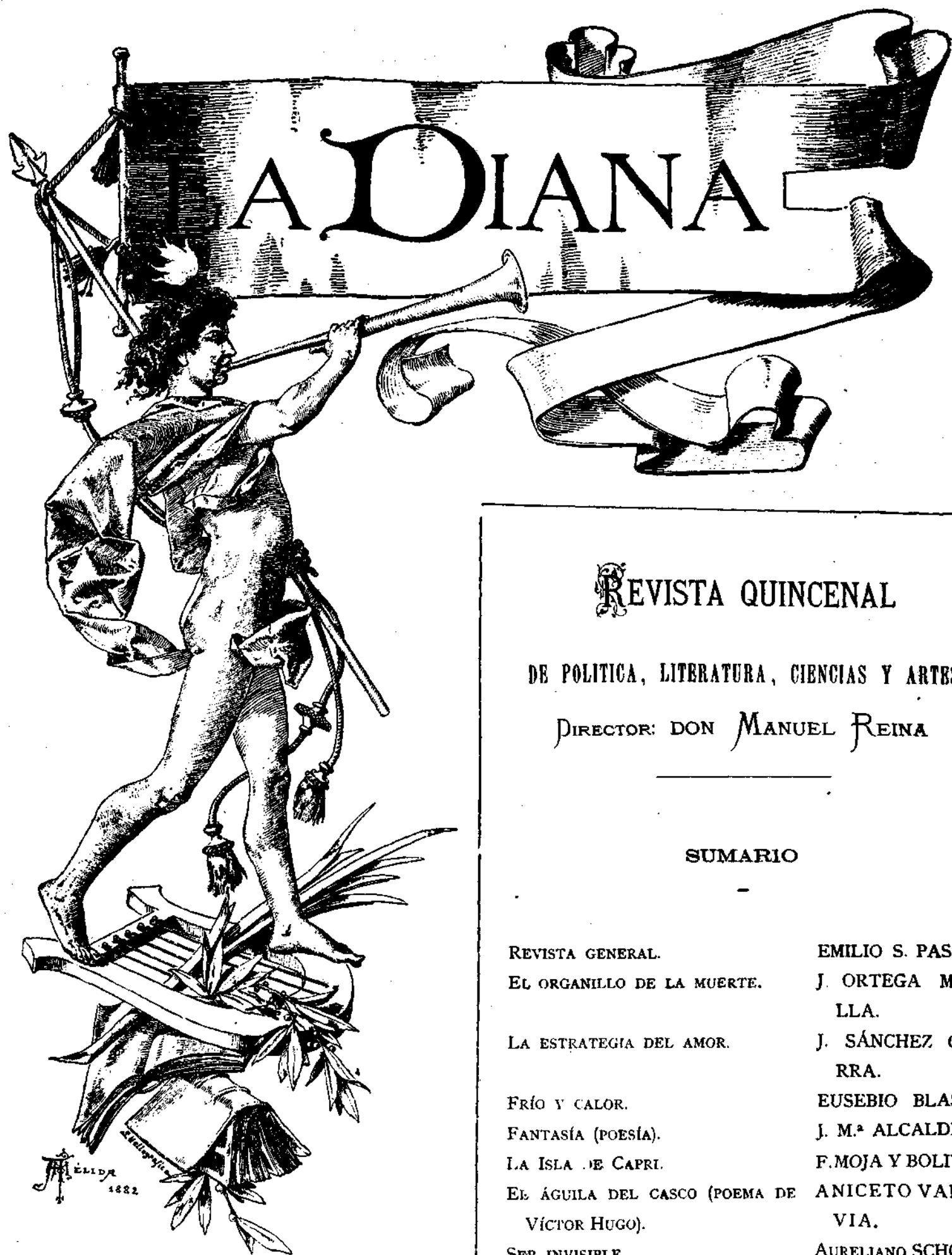




REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

DIRECTOR: DON MANUEL REINA

SUMARIO

REVISTA GENERAL.	EMILIO S. PASTOR.
EL ORGANILLO DE LA MUERTE.	J. ORTEGA MUNI- LLA.
LA ESTRATEGIA DEL AMOR.	J. SÁNCHEZ GUE- RRA.
FRÍO Y CALOR.	EUSEBIO BLASCO.
FANTASÍA (POESÍA).	J. M.ª ALCALDE.
LA ISLA DE CAPRI.	F. MOJA Y BOLIVAR
EL ÁGUILA DEL CASCO (POEMA DE VÍCTOR HUGO).	ANICETO VALDI- VIA.
SER INVISIBLE.	AURELIANO SCHOLL.
EL SULTÁN (POESÍA).	S. RUEDA.
UN DRAMA VERÍDICO (DE LEÓN GOZ- LÁN).	MANUEL ALHAMA.
INTRODUCCIÓN (SONETO).	MANUEL REINA.

Administración: Plaza de la Independencia, 10, 3.º derecha.

REVISTA GENERAL

Los descubrimientos de las sociedades secretas en Andalucía han venido á absorber la atención de todos los políticos y de todo el país durante la última quincena. La cuestión del juramento, la de imprenta y la de introducción de primeras materias ha cedido el puesto de los asuntos palpitantes al socialismo, que, con proporciones aterradoras, se presenta en Europa nuevamente. Hace mucho tiempo que las clases obreras, organizadas hábilmente, constituyen una especie de Estado universal, que se llama la *Asociación internacional de trabajadores*; unas veces más poderoso, otras veces debilitado por accidentes locales, desde 1866 ha subsistido constantemente esta organización europea, que en diversas épocas ha preocupado á los gobiernos, aunque nunca como ahora, por el aspecto terrible con que hoy se presenta á nuestra vista.

El primer congreso internacional se celebró en Ginebra en 1866, y allí se redactaron y aprobaron los estatutos y reglamentos llamados típicos por los internacionalistas, que tienen que ajustar á un espíritu los que redacten para tan distintas asociaciones locales.

La organización es hábil, y de ella vamos á dar una brevísima idea.

La asociación internacional de trabajadores se divide en cuatro grandes grupos, que serían, si triunfara, la base de su organización civil y política.

Consejo general: este es el poder central, que se elige anualmente en el congreso internacional que celebran los delegados de todas las federaciones. Este poder es la representación del Estado universal.

Consejo regional: este es elegido por los congresos federales de una región, y lo eligen anualmente los delegados de las poblaciones locales. Este poder constituye la nación dentro de la internacional.

Consejo local: representa la provincia, y se elige por los delegados de las secciones.

Consejo de la unión: especie de municipio representante de las uniones de la federación local.

Todos los consejos son proporcionados en sus atribuciones, de modo que el consejo de la unión tiene sobre las secciones la misma influencia que el consejo local sobre las uniones, y el consejo regional ejerce sobre las federaciones locales el mismo poder que el consejo general sobre las regiones.

Este organismo está constituido con sencillez, de tal manera, que hay una gran independencia en cada uno de los cuatro organismos sin que por esto deje de existir una relación constante y un movimiento armónico, que da fuerza al pensamiento fundamental de la asociación.

El objeto principal ha sido siempre la emancipación del obrero; pero su conducta y sus medios han variado mucho desde su organización. La Internacional empezó siendo política y predicando todas las libertades del progreso moderno; en el congreso universal de Lausane así se acordó; pero luego este movimiento se modificó de tal suerte, que hoy la Internacional es completamente enemiga de la política, habiendo llegado ya á proclamar que la libertad no debe ser un fin para el obrero, sino sencillamente un medio.

La anarquía y el colectivismo son los principios únicos que hoy figuran en su bandera: la política demoledora es su único procedimiento, según se declaró en los congresos regionales de Barcelona y Sevilla.

Todo constituye la organización legal, llamémosla así, de esta asociación; la organización, que los gobiernos consienten en virtud de las leyes liberales que rigen en casi todos los países de Europa; pero todo revela que hay algo más que nadie conoce, algo que no aparece en la superficie, y que está estrechamente ligado á la organización pública.

Los acontecimientos de Montceaux-les-Mines, los de Bruselas y los de Jerez son una prueba irrecusable de que la Internacional acepta procedimientos secretos para conseguir sus fines, que toda persona honrada, cualquiera que posea sus opiniones políticas, rechaza con indignación.

Los reglamentos de la *Mano negra*, del *Tribunal popular* y del *Programa revolucionario*, que son los nombres de las tres asociaciones descubiertas, tienen gran relación con los reglamentos públicos en su relación y forma.

En Andalucía, aparte de los propósitos de la Internacional, hay, por sus condiciones locales, materia dispuesta para esta clase de sociedades, y aun para estos procedimientos.

El bandolerismo, pronto allí á afiliarse con cualquier causa, presta un gran contingente á estos excesos; la organización de la propiedad constituye otro elemento favorable al desarrollo de determinadas ideas, y por último, la sequía y los procedimientos de los propietarios andaluces, con relación á los obreros, han sido otros tantos auxiliares del desarrollo de estos sucesos.

Y al decir los procedimientos de los obreros, no nos referimos en modo alguno á las quejas que los internacionalistas lanzan contra el que califican de burgués por las condiciones en que pueda colocar el trabajo, sino al socialismo práctico que allí se ha establecido por los propietarios mismos.

En este mismo lugar, á mediados del año anterior, lamentábamos el procedimiento que en Andalucía se seguía en los años malos, consistente en dar un tanto diario á los braceros que carecían de trabajo. Pronosticábamos que esta conducta debía originar terribles consecuencias, y ya han empezado á tocarse.

El obrero, que ve repartidos los fondos del municipio y del particular, halla lógica la repartición de los fondos del Estado. El derecho al trabajo está en vigor hace años en Andalucía, y ciertas prácticas producen forzosamente sus naturales efectos.

La actitud del Gobierno ante estos hechos ha sido la que correspondía al que representa una política liberal. El Gobierno no ha perdido la calma ante la gravedad del mal; no se ha dejado arrebatar por las tentaciones á la arbitrariedad en esos casos tan difíciles de evitar, y se ha propuesto desplegar la mayor energía, pero dentro de la ley, sin salir de los procedimientos ordinarios.

Para los gobiernos liberales estos acontecimientos, en los que toda la sociedad se muestra alarmada, son de grave riesgo y de verdadera prueba; si la serenidad se pierde, es fácil incurrir en grandes consecuencias, entregándose á los fáciles medios del despotismo para acabar con el mal.

El Gabinete que preside el Sr. Sagasta ha tenido tanta energía para entregar pronto á los culpables á los tribunales, como para resistir toda excitación á la violencia.

Así lo ha demostrado en las últimas sesiones, siendo fiel intérprete de esta liberal y enérgica actitud el señor ministro de la Gobernación.

De la eficacia de estos procedimientos de la libertad se convencieron bien pronto hasta los más asustadizos y timoratos, porque nada hay más fuerte que el poder judicial cuando funciona con la independencia y prestigio que hoy le rodea.

EMILIO S. PASTOR

EL ORGANILLO DE LA MUERTE (1)

Cuando Pedro Andía y Juana Dióscoro tuvieron su único hijo, la falta de dinero quitó al bautizo toda brillantez. Fué triste como un entierro. Envuelto Evaristo en unos pañales míseros, fué á la pila bajo la capa del padre. Rociaron su frente con agua fría; pusieron un grano de acerba sal en sus labios chiquitos y picudos; el sacristán dió al neófito con la puerta del templo en las narices. El viento deshizo el pliegue del embozo paterno, y una oleada fría hizo tiritar al recién nacido, hijo del amor y el hambre.

¿A qué dedicarían aquella actividad en pañales? ¿A un oficio. El de cajista no era malo. A Juana le gustaba. Inspirábale gran curiosidad aquel taller negro donde unos hombres, enfundados en blusas azules, manejaban rapidísimamente las móviles letras formándolas en columnas cerradas..... Pero Pedro prefería el oficio de relojero. Verdad que se solían quedar los muchachos ciegos; pero ¡qué milagrosa industria la de hacer andar la materia bruta, la de poner un átomo de inteligencia en un adarme de platino y montar en eje de rubíes la rueda del tiempo!.....

Entre tanto, Evaristo había crecido sin decidirse por ninguno de ambos oficios. Prefería andar por las calles detrás de los organillos, oyendo cien y cien veces en el mismo día el vals de *las cartas* de la *Gran Duquesa* y el *Miserrere del Trovador*. De noche soñaba con un enorme organillo, sobre el cual brincaba una fetsima mona de la campiña de Tetuán, con dos ojos vivaces y malignos y una nariz negra y

(1) De la interesante y bella colección de cuentos y artículos del Sr. Ortega Munilla, titulada *Pruebas de imprenta*, que acaba de aparecer.

húmeda. Veía á la humanidad formando corro alrededor del organillo, bailar, enlazadas las manos, en lindas parejas elegidas por el amor; en absurda promiscuidad de razas y naciones, oscilantes las trenzas y las cintas de las cabezas femeninas, torcidos sobre la sien diestra todos los sombreros. Y él daba vueltas á la manivela del organillo, incansable, risueño, hecho centro del círculo aquel de alegría y felicidad. ¡Cuánta dicha! ¡Ser el núcleo del regocijo universal; ser el centro de la ventura de los hombres; ser el dispensador de las carcajadas; ser el polo y el sol de aquel sistema planetario de la locura y el amor.

Y como no hay ambición ridícula que no se logre, Evaristo se encontró á los veinticinco años más flaco que nunca, con una cabellera rubia guedejada y lacia que rozaba el paño pardo y raído de su gabán, con un anillo hecho de un perro grande en su oreja derecha, con unos borceguíes de becerro en las plantas..... ¡y un organillo delante de su estómago, organillo que colgaba del cuello con una correa amarilla! Sus padres habían muerto. Él se hallaba solo en el mundo, solo, sin amigos, sin mujer, sin novia, acompañado de una sola ilusión: de la ilusión de su organillo, dentro de cuya caja sonaban las flautas de Berbería un vals de Metra, henchido de carcajadas y píos alegres como una primavera de pájaros saliendo de un bosque aromoso, recién mojado por las lluvias de Mayo.

Pero ¡oh dolor!..... Evaristo observó que cuando llegaba á una calle, y puesto el organillo sobre el pie de palo que le ayudaba á sostenerle, lanzaba la caja de caoba los primeros arpegios armónicos, las gentes huían, las muchachas que costán en sus balcones metíanse adentro cerrando con estrépito las maderas, los chicos se alejaban apretando el paso y hasta los perros alzaban la cola y al trote largo desaparecían tras la primera esquina.

¿Qué música era aquella que tanto horror producía? Evaristo se lo preguntó con lágrimas en los ojos, mientras aniquilado de desesperación golpeaba su pecho ético y la caja del organillo.

En Alcobendas una tarde le apedrearón. En Colmenar Viejo le soltaron un becerro bravo, y tuvo que tomar el camino polvoroso de Madrid al galope, medio reventado bajo el peso de su impedimenta musical.

Huyó con la música á otra parte. Su paso macilento cruzó los campos, se perdió en todas las veredas de Castilla, en todas las trochas embalsamadas de la Serranía, en todas las vías férreas de la industriosa Cataluña y de la poética Cantabria. Dormía al raso; comía de lo peor, pan duro; bebía agua filtrada por las rocas; el hambre le roía los talones..... Una noche comprendió que no podría seguir más adelante. Cayó de rodillas, y el organillo se reventó. Evaristo quedó en el suelo exánime. Su pulmón, empobrecido de oxígeno, espiraba. Sus grandes ojos azules se cerraron.

Y entonces oyó una voz que le decía:

—¡Pobre espíritu alejado de tu patria, vuelve á ella! Tu música no ha sido comprendida de los hombres. Tú creías llevar la alegría en las flautas de tu organillo y llevabas la desesperación. Tus walses sonaban como el oficio de difuntos; arrancaban la felicidad al feliz y la conformidad al desgraciado. Debías morir como mueres. Ese organillo era la sepultura de la esperanza.

J. ORTEGA MUNILLA

LA ESTRATEGIA DEL AMOR

Pretendió un amante un día
Aprender cómo podría
Conquistar el corazón
De aquella por quien sentía
Una infinita pasión.

Y como oyó que el saber
Es hijo de la experiencia,
Quiso al punto conocer
Qué reglas dicta la ciencia
Para amar á una mujer.

«Hoy tus consejos invoco,
A un sabio en amores ducho
Le dijo con afán loco;
Y él repuso: «quiere poco
Para que te quieran mucho.»

«¡Que error á cometer vas!»
(Le dijo otro sabio luego)
«Nada así conseguirás:
En amor como en el juego
Quien más pone gana más.»

El su intento por lograr,
Insistiendo en su porfía,
A otros quiso preguntar;
Mas nunca pudo encontrar
Dos sabios en armonía.

Pidió consejo á otros cien,
Y á unos oyó «que el desdén
Siempre el cariño asegura;»
Y á otros luego «¡qué locura,
Te querran si quieres bien!

Dieron después su opinión
(Que á servir de consejeros
Todos tienen afición)
Mil tenorios callejeros
Y sabios de rigodón.

Dijeron: «con la mujer
Ofenderla y desdenarla
Es siempre hacerse querer;»
Darle celos, disgustarla
Este el sistema ha de ser.

Al ver tanta confusión
Y ya perdida la calma
Pidió con resolución
A su amor inspiración
Y consejos á su alma.

La estrategia desdeñó
Y al fin realizadas vió
Sus ilusiones soñadas;
Que sin planes ni emboscadas
Hacerse amar consiguió.

Feliz vivió enamorado;
Porque no hay en lo creado
Nada que pueda igualar
A la ventura de amar
Y el placer de ser amado.

Nunca el proceder artero
Lleva á la felicidad:
Todo amor grande es sincero;
¡Que hay sólo un Dios verdadero
Y sólo un amor verdad!

Y hoy sin darla de doctor
Nuestro amante soñador
Siempre en afirmar insiste
Que sólo en amar consiste
La estrategia del amor.

J. SÁNCHEZ GUERRA.

Madrid, Enero 1883.

FRÍO Y CALOR

I

¡Oh ciencia engañosa!—exclamaba mi respetable abuelo viéndome estudiar en la física de Ganot la teoría del calórico.—¡Ciencia vana, embustera y abstrusa!

Y dándome dos golpecitos en la cabeza para distraerme de la lectura, añadía:

—Yo te probaré, inocente joven, que hay leyes superiores á la física y á todas las leyes humanas.

¡Pobre viejo! Le recuerdo con placer. Parece que aún le veo con sus antiparras alzadas y apoyadas en la frente, para dar descanso á la vista, ó para no ver ciertas cosas; con sus enormes cuellos tiesos, su levitón interminable, su pantalón de color de tórtola, y sus zapatones de paño abiertos en cruz por ambos juanetes; apoyado en su bastón-muleta y con su caja de rapé Kentuki en la mano izquierda, andando lentamente y á compás, y dejando oír el constante hervor de su fatigoso pecho....

—¿Qué me cuenta usted, abuelito?—le dije aquella tarde que nunca olvidaré.—¿Pretende usted trocar las leyes de la naturaleza?

—Risa me das, hijo, risa me das cuando te oigo leer en voz alta un párrafo de tu libro.... Ayer, sin ir más lejos, decías.... ¿pero á qué voy á repetirlo? Lee, lee eso del calor....

Y yo leí:

«Dase el nombre de calórico al agente que causa en nosotros la sensación del calor; pero este agente obra también sobre los cuerpos inertes, pues es el que funde al hielo, hace hervir el agua y enrojece al hierro.»

—Ese agente—dijo mi abuelo riendo—se ha llamado en mi vida Marta, Sofia, Isabel, Angustias ó Elisa.... y ahora se llama para tí Rosalía.

Me puse muy colorado, y continué:

«Muchísimas opiniones se han emitido acerca de la causa del calor....»

Nueva carcajada de mi abuelito.

Suspendí la lectura, levanté los ojos y le miré:

—Desengáñate, bobo—me dijo—el calor se siente cuando se debe sentir, aunque haga frío; y el frío que yo me sé no lo templa nada.

Y luego, mirándome con sus ojillos sangrientos medio cerrados:

—¿Cuántos años tienes?—me preguntó.

—Veintidós.

—Y dime, estudiantillo, ¿cuando estás al lado de mi sobrina Rosalía, tienes frío?

—¡Oh, no, señor!

—¿En qué mes estamos?

—En Enero, abuelo.

—¿Qué hay en el campo?

—Nieve; bien se ve.

—Y.... ayer tarde, cuando te descolgaste por la ventana del jardín....

—¡Abuelo!

—No temas, que no te he de reñir; cuando te descolgaste al anocheecer por esa ventana, mientras tu madre y yo y los criados rezábamos el rosario, y te escapaste á ver á Rosalía, que te estaba esperando en la reja de su jardín, ¿no reparaste el rigor del invierno?

Yo no supe qué contestarle.

El añadió sin dejar de mirarme:

—¿Notaste si Rosalía tenía las manos heladas?

—¡Oh, no, señor! ¡Le abrasaban!

—¿Y las tuyas? ¿Sentiste frío durante la hora y media que hablaste con ella?

—Absolutamente ninguno.

—¡Anda con Dios, pícaro redomado!—exclamó mi abuelo riendo hasta romper en una tos cascada, bronca y frecuentísima, que sólo le dejó tiempo para añadir: Dí á tu madre que venga, que ya es tarde, y el frío del campo le hace daño.

Fuí á obedecer, y descolgué de un clavo mi capote; pero mi abuelo haciendo un gran esfuerzo de voluntad para cortar la tos, dijo:

—¡Ve sin capa, sin capa!

—Pero, abuelo.... ¿quién soporta este frío?

El anciano, ya vencida la tos, exclamó un poco más grave:

—¿Lo sentiste ayer? ¿Enamoraste embozado?

Declaro que no supe qué responderle; pero él se adelantó y dijo:

—Mira si hay en tu libro explicación de esa diferencia de tempera-

tura. En cambio, yo.... ven, toca mis manos y observa que estoy casi metido en esa consoladora chimenea. ¿Ves? ¡Frias! ¡Heladas! Cuando venga nuestra vecina la condesa, de quien dicen por ahí que estuve enamorado hace treinta años, obsérvame bien y verás que tengo el mismo frío que ahora. Repara si al sentarse á mi lado en estas eternas veladas de invierno, en que jugamos al tresillo su marido, tu madre, ella y yo, repara si su contacto me conmueve. Anoche me pisó involuntariamente, y me hizo ver las estrellas: le hubiera devuelto el pisotón de buena gana. ¡Pues has de saber que el año de 39 abandoné más de una vez la guardia por ir á casa de esa señora, que entonces era hermosísima, y sentarme á su lado y esperar con febril impaciencia que me pisara! Notaba yo entonces que de los pies á la cabeza subía por todo mi ser una corriente abrasadora.... ¡qué calor! ¡Y ahora.... nada! ¡Estoy yerto! Si me ves animado alguna noche, si me notas conmovido, impaciente.... no sospeches de mí, es que me falta una baza ó que me dan codillo. ¡Ve, ve y coge la capa y abrigate ahora, y busca en tu libro, busca la razón de estos calores y de estos fríos.

II

Muchos años han pasado desde que el experto viejo me hizo aborrecer el libro y perder el curso. No faltó más que su malicia para acabarme de alejar del estudio de las ciencias exactas. Él acabó lo que el amor había empezado. Enamorado perdido estaba yo entonces de Rosalía. ¡Oh, Rosalía! ¿Qué daño hizo ayer á mi corazón! Pero de esto hablaremos luego.

Para ver á Rosalía necesitaba yo atravesar:

El jardín.

La huerta.

La carretera que está á orilla del río.

Una tapia alta, en la cual había cascós de botella que yo había tenido que ir separando poco á poco á fuerza de paciencia y heridas.

Y el jardín de su casa.

Todos estos obstáculos materiales vencía mi impaciente afán, y llegaba al lado de la que amaba, en la soledad de la noche, y una vez á su lado, comenzábamos una larga conversación que tal vez ahora me parecería monótona. Los diálogos de los enamorados tienen tan poca variedad como encanto grande. Se repite una frase mil veces, y siempre se nos figura que la hemos dicho y oído por primera vez.

En aquellas horas, que nunca eran menos de cuatro, Rosalía y yo no oíamos el ruido del viento que agitaba las hojas del arrayán ó del olivo silvestre, y para resguardarse del cual veíamos pasar algún pastor con la cabeza envuelta en un pañuelo, que sujetaba el ancho sombrero. La nieve solía interrumpir á veces nuestro coloquio, vistiéndonos de blanco en pocos minutos; y Rosalía, asomada á la ventana del piso bajo de su casa y yo sentado en el borde de aquella ventana, con sus manos entre las mías y la sangre agolpada al corazón, nos mirábamos con tan honda impresión, que desde entonces no creo en el magnetismo, porque, en otro caso, ella ó yo hubiéramos sentido sus efectos más de una vez.

Nuestras manos ardían; una corriente de fuego circulaba por nuestro ser, cada una de nuestras miradas esparcía calor suficiente para haber hecho florecer las plantas que el invierno agostara.... En una de estas noches, el frío que por aquella ventana entraba en la casa, produjo una pulmonía al mayordomo, que se murió en cuarenta y ocho horas.

De esto hace diez años, diez años no más, y yo recuerdo la inclemencia del invierno pasado, que combatí con mi gabán de pieles ó ante la alegre llama de la chimenea; y en este verano mismo, cuando el calor sofoca á Madrid y parece que se respira una atmósfera de fuego, me admira la poca impresión que este calor produce en mí, y recuerdo aquellas horas de invierno en que parecía que iba á abrasarme en medio de la nieve.

III

Rosalía se casó con un banquero. Un hombre gordo, alto, robusto, francote, decididor. Comerciante por naturaleza, debe su fortuna á constante especulación de todo cuanto ha tenido á mano. Cuando le eligieron diputado quiso surtir de azucarillos al Congreso, por medio de una contrata en la que se prometía ganar el 15 por 100. Los trajes que trae á Rosalía de París los introduce de contrabando por ahorrar-se 500 reales. Este hombre tiene un millón de renta y va al teatro con billetes de favor. Rosalía declara que la hace muy feliz, y yo ¡no lo creo

Anoche, en una casa donde ella, *el* y yo fuimos invitados a comer, se hablaba del calor actual, que es el pretexto de toda conversación entre personas que no la tienen. Media docena de altos empleados, banqueros y abogados comparaban este verano con el pasado y se quejaban del excesivo calor que hacía en el comedor donde nos hallábamos reunidos.

Realmente, la temperatura era sofocante; á pesar de estar abiertos los balcones, las luces, la reunión, el delicioso Jerez *pálido* con que el dueño de la casa nos regaló, todo contribuía á que nuestra respiración fuera fatigosa; las flores del *plateau* se habían agostado en una hora, y el perfume de los nardos y de los heliotropos me trastornaba.

Rosalía estaba sentada enfrente de mí. Era la primera vez que nos veíamos después de diez años. Yo la contemplaba entre admirado y quejoso, porque al saludarnos en el salón, antes de acudir á la mesa, noté en ella una frialdad extraordinaria. No la suponía desmemoriada ni podía sospechar que el cambio de fortuna la hubiera tornado vanidosa; diferentes veces quise dirigirle la palabra, pero no hallé ocasión. Por fin su marido, al notar que yo la miraba fijamente, me dijo:

—¿Está muy colorada, verdad? Todo el mundo se lo está notando....

Y dirigiéndose á ella:

—¿Vas oprimida?—dijo.

Contestó negativamente. Yo dije entonces:

—Estaba mirando á esta señora, porque me asombra ver que en diez años que ha que no nos vemos, está lo mismo que el último día que tuve el honor de....

Rosalía me interrumpió.

—Caballero—dijo con una sonrisa que me hizo el mismo efecto de cierta noticia dada á mi pobre amigo Gustavo Becker—creo que usted me confunde con otra persona, porque esta es la primera vez que tengo el honor de verle.

Sentí en aquel momento un frío tan intenso, tan hondo, que creí llegada mi última hora. Si fuera posible colocar á un hombre en el disco solar y arrojarle desde allí sobre el mar del Norte, creo que la impresión sufrida por este sujeto podría compararse á la que experimenté al oír á Rosalía.

En el primer instante sentí vivísimos deseos de probarle ante todo el mundo dónde, cuándo y cómo nos conocimos; de recordarle nuestras horas de invierno al borde de su ventana, describirle el paisaje que nos rodeaba en aquellas horas inolvidables en que su alma y la mía se buscaban en la sombra para identificarse, aquellas alboradas de fuego que venían á sorprendernos con su imprudente luz hallándonos como á Paolo y Francesca....

Pero yo no podía hablar, apenas pude pronunciar alguna palabra de disculpa, diciéndole que, en efecto, se parecía mucho á una persona á quien yo había conocido en otro tiempo; y aprovechando el momento en que todos nos levantábamos de la mesa, ofrecí el brazo á otra señora y pasamos al salón á tomar café.

Devoré una taza de un solo sorbo, procurando calor al cuerpo, que lo había perdido por completo; un sudor helado me inundaba. Ni el café ni una copa de kummel variaron mi estado. Pretexté una cita ineludible, y saludé á la reunión, entre la cual oí decir á varias personas:—¡Qué horrible calor!

Al salir tomé un coche de plaza y me fui á mi casa. Necesité arrojarme como en el rigor del invierno para entrar en reacción. Había pasado dos horas como si hubiera estado entre nieve; es decir, había experimentado en dos horas todo el frío que no sentí en un año de pláticas nocturnas con mi primer amor, con aquella despiadada, indiferente, fría mujer, que ahora no quería ni que la recordara.

Ya repuesto, pasaba la vista distraída por mi mesa de escritorio buscando un libro, un objeto cualquiera que borrara de mi memoria la mala impresión recibida; recordé mi antigua conferencia con mi respetable abuelo, y abrí un *Diccionario* para buscar en él una definición curiosa.

Frío—*let*—adjetivo que se aplica al estado en que quedan los cuerpos por la ausencia ó disminución de calor.

Mi *Diccionario* de la lengua castellana es un regalo que he merecido á un académico. Es un libro interpaginado que sirve para escribir en la hoja blanca las notas, observaciones ó complementos de definiciones que los académicos añaden á las nuevas ediciones de su obra.

Cogí la pluma y escribí al margen:

Frío: El efecto del desengaño instantáneo.

.....
Mi respetable abuelo tenía razón: las ciencias exactas no son tan exactas como parece cuando sus definiciones afectan á las pasiones del corazón humano.

Post scriptum:

Se me olvidaba advertir que Rosalía, según el mundo y ella aseguran, es muy feliz. ¡Ahora sí que lo creo!

EUSEBIO BLASCO

FANTASIA

Contemplaba tu rostro alabastrino,
De la pasión con el ardiente afán,
Y en mi delirio parecíame un mundo
Flotando en el azul de mi ideal.

Eran tus ojos fúlgidos volcanes
Lanzando sin cesar
El fuego destructor de sus pupilas
Ó el rayo del amor que mata más.

Tu linda boca, embalsamada gruta
Con puertas de coral,
Guarnecidas de perlas primorosas
Que incitaban al hombre á penetrar.

Tus preciadas mejillas breves tomas
De forma escultural,
Labradas sobre nácares, que oculta
La blanca nieve de tu tersa faz.

Tu frente, era el desierto
De aquel mundo ideal.

Tus dorados cabellos, rubios trigos
De campiña feraz
¡Gran contraste! la nieve de los polos
Junto á la mies dorada y tropical.

JOSÉ M.^a ALCALDE

LA ISLA DE CAPRI

DEL DIARIO DE CAPRI

8 de Julio de 1876.—Salimos de Roma un pintor compatriota mío y yo, con intención de visitar la celebrada isla de Capri, sirena encantadora que desde el golfo napolitano atrae á los artistas que recorren el bello país del arte.

Dimos con nuestras personas en un compartimento atestado de mujeres tales, que sólo el sexo recababa para ellas la galante consideración que su propia fealdad les negaba. Parecían monstruos evocados en noche horrenda por un espíritu burlón, agitado por el desasosiego de calenturientas pesadillas. Sin que esto sea alabarnos, puede decirse que ambos varones componíamos el bello sexo de aquella compañía.

En todas partes cuecen habas, y no es en los países de la hermosura donde menos abundan las excepciones que confirman la regla.

Llegamos á Nápoles, que nos produjo el efecto de siempre. Movimiento bullicioso y alegría de la naturaleza que se complace en ostentar sus gracias ante el inmenso zurrburri de la ciudad alocada. Al entrar por *Porta Capuana*, al comienzo de la tarde, vimos el trozo de mar plomizo que con tan varios y suaves colores se embellece en el trascurso de las horas, hasta que la noche vela con sombras la extensión de los cielos.

A las ocho nos dirigimos al muelle en busca de la barca que había de conducirnos á la isla. Estaba aquella tripulada por doce marineros capriotas hábiles en el manejo del velamen, acostumbrados á la ruda faena del remo. El dueño de la embarcación estaba investido de la dignidad de capitán jerárquico además de ser timonel.

Era sábado; el buque admitía carga y pasajeros; no una carga así como se quiera, sino compuesta del más selecto consumo que Capri importaba de Nápoles para la celebración del domingo. En cuanto á los pasajeros, baste decir que componíamos la clase algunos isleños, isleños é isleñitos, tan pobres de traje como alegres de rostro y francos de trato; de dos guardias civiles que viajaban en servicio y de nuestras personas.

Después de esperar una hora á que los marineros colocaran en la barca un sinnúmero de cestas de pescado, canastos de comestibles, llos de ropa, baúles y otros bultos; después de esperar otra media hora á que el capitán se despidiera de todos sus compadres, oyendo todos sus encargos y contestando á todas sus preguntas; cuando ya el respetable

personaje, hombre de excesiva pachorra, saltó sobre la popa, dió sus órdenes á los tripulantes, saludó á los pasajeros y tomó una presa de tabaco, fué cuando la barca, triscando por sus coyunturas al primer impulso de los remos, comenzó á alejarse suavemente del embarcadero.

Entonces tomaron las cosas enormes proporciones. El golfo de Nápoles, tan pacífico desde tierra firme como un lago romántico, nos pareció el tumultuoso Océano. Las veinte millas que median desde Nápoles á Capri, se multiplicaron en nuestra imaginación. El timonel, cuyo estilo fuera objeto de nuestras burlas media hora antes, se convirtió en verdadero capitán á quien los marineros obedecían ciegamente. La barca, insignificante juguete que por la tarde habíamos visto mecérse entre un bosque de jarcias, nos pareció un buque de alto bordo, colocados como estábamos al pie de sus palos desvanecidos en el azul oscuro de la atmósfera. Hasta los dos guardias civiles se nos representaron como imponentes autoridades militares, con caras de Jano, una terrible para amedrentar al paisano criminal, y la otra sonriente como brindando protección al extranjero.

La travesía de Nápoles á Capri se hace en tres horas, reinando viento favorable á todo trapo; se emplea más tiempo si se combina el remo con la vela; pero á veces se tardan ocho horas, navegando á palo seco. De semejante manera nos tocó á nosotros navegar, sin una racha de viento favorable ó adverso. Tres fases presenta el paulatino alejamiento de la costa.

La primera se caracteriza por el continuado reflejo en las aguas movibles de la larga fila de luces procedentes de los faroles del muelle, y de algunas efímeras como las de los coches, tranvías, etc. Forma el conjunto de los faroles una línea de puntos luminosos que no es completamente recta á causa de algunas ondulaciones que le quitan monotonía. En la segunda, la línea aparece como bella faja de luz clara; convirtiéndose en la tercera fase, en roja luz de hoguera, que se obstina en no borrarse hasta que tenuamente desaparece.

Durante la mayor parte de la travesía, el viajero va contemplando con la vista la punta del promontorio Pausilipo, que separa los golfos de Nápoles y Pozzuoli, dibujada con limpieza; la suave curva de la marina, hasta Portici, iluminada; á la derecha de la ciudad la isla de Ischia; á la izquierda la confusa falda del Vesubio, y más adelante las montañas de Sorrento. Con la imaginación puede ir figurándose á Capri, punto cubierto constantemente por la proa del barco.

La luna y las estrellas brillando en la inmensa bóveda celeste, el cabrilleo de su luz en la vasta superficie del mar, los tonos espléndidos de las aguas, que suponen la existencia de miríadas de seres en sus vívidos senos, atraen el ánimo con su hermosura, incitándole suavemente á filosofar sobre los misterios de la creación; al paso que las faenas de los marineros que gritan para infundirse mutuamente fuerzas, y el resuello de los delfines que rodean la barca, acompañándola como seguros guías, le distraen á menudo en sus filosofías.

Cansados ya, llegamos al amanecer á la isla, sirviendo de espectáculo á los grupos de gente que nos esperaba en la ribera de la *Marina Grande*, compuesto de curiosos y de cargueros de ambos sexos.

La primera impresión de la isla no es muy agradable. Por su parte oriental, ó frente á Nápoles, es un anfiteatro de viñedos, salpicado de casas blancas, encajado entre dos peñones. El peñón de la derecha de la isla, visto por la noche destacándose en negro, como más tarde pudimos observar, parece una gigantesca esfinge, de alto lomo, cuya cabeza descansa entre las patas delanteras.

Debe su raro aspecto al suelo volcánico, cortado á pico, cubierto de extraña vegetación, en sitios espesa, en sitios raquítica, interrumpida á grandes trechos por peñascos que tajan el espacio, embelleciendo el paisaje. Gran número de olivos, que con las viñas constituyen la principal riqueza del país, así como los mirtos, álces y cactus dominan en aquella vegetación.

Por donde quiera se nota la parquedad, rasgo distintivo de la isla considerada material y moralmente. La ribera es de escasa amplitud; los hoteles que desde ella ascienden diseminados á las alturas, son de apariencias modestas; los caminos y veredas lo estrictamente anchos para el tránsito. Allí no se puede desperdiciar el terreno aprovechable.

Unas cuantas cargueras, con la falda á media pierna, se entraron por el agua para abordar la barca y echarse á cuestras nuestros equipajes.

Subimos tras ellas en dirección al *Hotel de la gruta azul*, uno de los más próximos, pues la mayoría de ellos están en la parte alta.

Asomados al terrado de la plazoleta en que está la fonda, pudimos contemplar la inmensa llanura del golfo, percibiendo la hermosa línea del muelle de Nápoles, cuya distancia parece fabulosa desde allí. El Vesubio y Sorrento componen artísticamente en tan admirable cuadro. La luz es de una dulzura y transparencia sin rival. El mar ostenta profundo color azul que se cambia en verde sobre los escasos fondos de arena que la orilla deja al descubierto. No es la marina de Capri suave, poética, elegante, placentera como las playas de Niza; ni compararse puede con la bella, amplia y fina del Lido; así como tampoco se asemeja á la soberbia del magnífico Sardinero de Santander, únicos que recuerdo ahora entre las importantes que he visto. Por el contrario, es muy pobre, pero de una pobreza que cautiva; y el fondo de sus aguas está oscurecido por las algas, porretos y otras plantas, lo mismo que por las ruinas de los edificios romanos que en aquellos parajes se constituyeron.

10 de Julio.—La vida en el hotel es esencialmente democrática. Casi todos ellos se ven frecuentados por pintores que acuden á la isla

á hacer estudios de luz y de país. Con semejantes huéspedes, es de presumir la alegría cuando no el desconcierto bullicioso que los anima. Señores y criados se divierten juntos, sin que haya clases ni jerarquías sociales más que á la hora de pagar, cuando el señor da la propina al criado que fué su compañero de jaleos.

La costumbre es levantarse temprano, tomar el desayuno, leer pintar ó escribir, según los gustos ó profesión de cada cual; bañarse después, luego comer y sestar, bien durmiendo, bien conversando bajo los emparrados. Por la tarde se bañan los que no lo han hecho por la mañana, y los que lo hacen por partida doble. Se organizan excursiones terrestres ó marítimas, en burra ó en barca. Por lo noche se cena y se habla de sobremesa, terminada la cual, cada mochuelo toma su olivo hasta el nuevo día.

Delante de las fondas hay siempre grupos de muchachas con burras para las excursiones por tierra, y de chicos que avisan á los barqueros para las excursiones por mar. Unas y otros entretienen sus ocios pidiendo *un soldo* á los extranjeros, los cuales entretienen los suyos arrojando monedas á los chicos, que se las arrebatan.

En cada hotel se nota la huella del paso de los artistas. Algunos son un verdadero museo de caprichosos, cómicos ó intencionados dibujos trazados sobre las paredes. En otros hay álbumes en que aparece retratado todo huésped ó doméstico con la caricatura del defecto ó rasgo que le distingue. El registro en que por orden y con intervención de la autoridad se vé obligado el dueño á inscribir á sus pupilos, es una colección de agudezas. Cada casilla está llena de ocurrencias felices.

La gente del Norte es la que más alborota. Los sesudos alemanes los serios ingleses, los fríos rusos, noruegos y demás, no se cansan de inventar travesuras. Efecto sin duda de la vida que Italia les infiltra, ó de que los artistas son iguales en todas partes.

Los españoles, en Capri, como en todos los pueblos del mundo civilizado adonde llegamos, somos conocidos por el continuo empleo de tres de nuestras usuales interjecciones, precisamente de las que no están en el Diccionario. Esta circunstancia dió lugar á una situación cómica y vergonzosa. Hallándose en el hotel, y en compañía de mi compatriota y mía, una señora también española, se nos presentó un pobre chico isleño, conocido por lo listo que es para buscárselas, diciendo que él sabía hablar el español. Y apenas le indicamos que lo efectuará, cuando nos soltó clara y rotundamente esas tres interjecciones, llamadas en conjunto y con irreligiosa impropiedad la *oración de San Antonio*, con la cual bien se comprende que la dama se puso colorada al oírle, y nosotros nos amostazamos, aunque no nos cabía la risa en el cuerpo. El muchacho había aprendido á rezar de aquella manera sirviendo á pintores españoles.

11 de Julio.—Es digno de observación el variado efecto de luz que el golfo, el cielo y las peñas ofrecen desde que el sol acaricia la isla con el suave claror de la mañana, hasta que se extiende sobre ella el inmenso manto espléndido que bordan las estrellas.

Estamos en frente de Nápoles. A las primeras horas del día se ve en diversos puntos una ligera bruma de diversa intensidad, á través de la cual aparecen confusas las montañas del último término, sin que se borren sus contornos accidentados á trechos por las nubes. En gradación de mayor claridad, surgen de izquierda á derecha las islas de Ischia y Prócida, el promontorio de Massa y el cabo de Tiberio, en el Sudeste de la isla, completamente límpido, aunque en sombra por la parte de adentro.

El Vesubio, en frente del espectador, se baña en media luz. El golfo tiene en su amplitud un reflejo claro que no ofende la vista, si no es en una sección en que el sol ríela.

El recto penacho blanquecino del volcánico monte anuncia buen tiempo, llegando casi hasta nosotros su imagen extendida por las aguas.

Bajo la directa influencia de la luz solar, el cabo de Massa demuestra la aridez de sus peñas escasamente manchadas con algunos golpes de vegetación.

El cielo se tiñe de un azulligerísimo é igual.

Hacia el mediodía, la fina línea azulada con que las aguas señalaban el margen de la ciudad, se va extendiendo por la superficie del golfo, viéndose interrumpida su monotonía por franjas vigorosas, producidas por las corrientes semejantes á las estelas que dejan tras sí los buques. Aquí y allá blanquean algunas barcas.

Se perciben todos los destellos del primer término, completamente iluminado. El peñón de Tiberio está entre sol y sombra. Se divisan los puntos de la pura, encantadora, larguísima línea enarcada que forman las casas de la Marina napolitana, desde Pozzuoli hasta Castellamare.

Al declinar el sol, una rica variedad de tintas comprendidas entre el púrpura y el verde de los vidrios antiguos, matiza las nubes, modificando el color del mar, cuya superficie funde el azul primero en una tinta clara y luminosa. Diversos tonos violados pintan las montañas, según la posición de ellas, distinguiéndose la roca de Tiberio por un fuerte amarillo tostado, que el verdor de las plantas y las sombras proyectadas por las rocas salientes oscurecen. La marina de Capri, rodeada de un ambiente de ternura como creado por el crepúsculo vespertino, aparece pobremente ataviada con sus casitas blancas y sus barcas alineadas.

A medida que el sol se hunde en los mares, se acentúa el color violeta de las montañas lejanas. Las próximas toman tonos grises, cada

vez más oscuros, hasta que empiezan a brillar las estrellas, desvaneciéndose en masas confusas los contornos montañosos. Se alza negra, inmensa, la punta del cabo de Tiberio, como silenciosa esfinge que guarda la entrada del golfo de los Misterios. Hay luces de barcas a las orillas. A lo lejos brilla tenuemente el hilo de luz que los faroles del muelle de Nápoles forman. El cielo centellea y el alma se recoge, dilatándose después en la naturaleza.

13 y 14 de Julio. Fueron los días destinados a una excursión alrededor de la isla, cuyo perímetro es de nueve millas. Para formarse idea de los lugares recorridos, hay que figurarse la isla como un tronco humano, de estrecha cintura y ancho pecho. La parte alta situada, al Norte, está determinada por tres puntas, casi en línea recta, la de la *Ancera*, la de *Camerelle*, y la de *Carena*. Circunscriben la cintura las dos marinas, *Grande* y *Pequeña*, aquella en la parte Oriental, y ésta en la Occidental. La sección inferior, bastante irregular, va desde la punta de *Tragara*, al Oeste, sigue con la de *Marzullo*, continúa con las salientes de dos montañas llamadas *Tuoro grande* y *Tuoro pequeño*, y termina en el *Cabo de Tiberio*. De modo que desde el Cabo hasta la punta de *Ancera*, es el Levante; desde ella hasta la de *Carena*, el Septentrión; desde la de *Carena* hasta la de *Tragara*, el Poniente; de aquí al Cabo de Tiberio, el Mediodía.

A fin de no cansarnos mucho, ni fatigar en demasía a los dos remeros que en su bote nos condujeron, decidimos mi paisano y yo dar la vuelta en dos días; el primero desde la Marina Grande a la Pequeña, y el segundo de ésta a la Grande. La mar bella y el horizonte risueño nos compensaban de las molestias del calor.

La primera curiosidad con que tropezamos fueron las ruinas de la *Villa Cibeles*, llamada también *Palacio*, llamada también *Baños de Tiberio*, visibles bajo el agua. Encima de ellas, practicada en la tierra firme, como es de suponer, comienza la escalinata que servía antiguamente de camino para ir a Anacapri, ó Capri Superior, uno de las dos municipios componentes de la isla.

La susodicha villa, más otras once, fueron construidas por orden de Tiberio, quien las dedicó a cada uno de los doce dioses mayores. Sabida es la predilección con que el sanguinario emperador miraba la agreste *Caprea*, llena de sus recuerdos, aturdida en la antigüedad con el estrépito de las orgías de la corte tiberiana.

Pasadas las isletas, que forman un grupo de rocas salientes, llegamos a la celebrísima *Gruta azul*, norte de los viajeros que recorren las comarcas napolitanas, ensalzada sobre toda ponderación por artistas y poetas. Está formada por una caverna circular, cuya boca es tan estrecha que es necesario que esté en completa calma para que el oleaje no impida con sus embates la entrada de la barquilla. Cuantos van en ésta deben tenderse para no sobresalir de las bordas. Al penetrar en ella recordé las impresiones recibidas en la bola de San Pedro. Me figuraba yo, siempre que lo abordaba, un número inmenso de viajeros desparramados por el mundo, que poco a poco se van juntando en menor espacio, como es el suelo de la nación italiana; luego en otro mucho menor, como es el de la ciudad de Roma, hasta que pasan por las relativas estrecheces de la escalera de la Cúpula, y uno por uno tienen que entrar en la abertura de la bola, ocupando el mismo espacio, y rozando sus espaldas con el mismo muro. Emperadores, reyes, magnates, opulentos señores, ilustres personajes, todos tienen que sufrir en aquel sitio la ley del embudo, después de haber vagado a sus anchas por la terrestre superficie; a semejanza de la bolas de un inmenso bombo que salen por igual agujero; como las innumerables gotas de líquido contenidas en colosal bota que fluyen por una sola canilla; igual que los carneros de Parurgo, que pasaban bajo el mismo compás.

Es inefable, dentro ya de la gruta, el efecto de la azulada y clara luz crepuscular, que traspasa las aguas, transparentándolas y nacarándolas cuando se remueven. El cuerpo humano que en ellas se sumerge parece plateado haciendo saltar al zambullirse una radiosa cascada de gotas diamantinas. Cada movimiento de la barca, cada golpe de remo, cada maniobra de nadador ó evolución de cualquier objeto, es causa de varios cambiantes que en la extraña concavidad embelesan la vista.

La fantasía combina en el arsenal de lo maravilloso cuantos elementos necesita para llenar con una acción extranatural y placida aquella escena abandonada de los seres fantásticos que huyeron al acercarse los mortales.

La memoria evoca pléyades de nereidas con que el idealismo pagano personificó la hermosura de los mares encantados, como si la gruta fuera el ámbito en que las ninfas desataban la encendida pedrería que rutilaba en sus abundantes cabellos.

Se oye en aquel paraje el eco armonioso de los encantos de las sirenas, apagados por el fervido de los mártires y el sombrío lamento de los ascetas.

Naturaleza levanta el pudibundo velo que encubre sus gracias, recreando los ojos de los predilectos.

Se fueron los dioses; pero todavía quedan los sitios que la riente Musa de la antigüedad se imaginaba como testigos de voluptuosas dichas gozadas por amantes inmortales.

Más allá de la gruta azul, doblando la punta de la *Ancera*, seguimos costeano sin incidente alguno, yo divagando con la mente, el pintor llenando su álbum de apuntes, y los pobres remeros entregados con ardor a su penoso trabajo. Así pasamos la punta de *Camerelle*, y doblamos igualmente la de *Carena*, llamada por los indígenas de la *Linterna*, a causa del faro que se alza en su cumbre.

En la parte occidental nada nos distrajo de nuestras prolongadas meditaciones y trabajos, hechos al calor de un sol espléndido, si no es la visita a las grutas encarnada y verde, ya bien entrada la tarde, las cuales son de menos importancia que la azul.

Aunque no era la más a propósito para observar el fenómeno de la coloración, debí decir que en ambas grutas se tiñe la bóveda con el color de su nombre, a causa del reflejo que las aguas hacen de la luz solar sobre el fino musgo que tapiza las rocas.

La gruta verde es de poco fondo, y tanto se transparentan sus aguas, que se ven las algas del suelo y a los peces nadar; la entrada es tan ancha, que forma un golfo pequeño.

Después de dejar atrás la punta de *Mulo*, llegamos a la Marina pequeña, cuya playa es en extremo accidentada. El paisaje que la rodea es agreste en exceso; al extremo Oeste se ven dos grandes peñascos, llamados los *Faraglioni*, de caprichosa forma y muy pintorescos.

Mi compañero, decidido a trasladar al lienzo, apenas brillara la luz del nuevo día, algunas de las bellezas naturales que abundan en aquel sitio, efecto de las combinaciones que el terreno, la vegetación, la playa, el mar y las rocas ofrecen, determinó pisar la noche en la Marina pequeña, acompañado de un remero que cuidara de la barca, mientras que yo me fui tierra adentro con el otro, atravesando fatigosamente enrevesados caminos hasta llegar a Capri, desde donde descendí al hotel que ocupamos en la Marina grande.

Sentado por la noche a bien provista mesa, en que sobraban los llamares y langostas que en cantidad pescan los capriotes en sus dominios, compadecí la sobriedad artística de mi compatriota, obligado, por amor a la pintura, a compartir con el marinero los relieves de la merienda que habíamos despachado juntos a la entrada de la gruta verde. *Sic itur ad astra*.

A la mañana siguiente, el remero me vino a buscar para deshacer el camino hecho la víspera, lo cual verificamos resignados, ya que no alegres.

El artista se estaba luciendo, terminando una impresión de los *Faraglioni*, compuesta de trozo de costa y sección de mar.

Saltamos a la barca, después de recogidos los trebejos pictóricos, previa una modesta refacción que verificamos con las vituallas aportadas por nosotros.

A fuerza de remo llegamos pronto a los renombrados peñascos que surgen derechos, sufriendo el incesante sacudimiento de las olas que se amontonan espumantes sobre ellos cuando reina viento fuerte.

La *Tragara* servía de puerto en tiempo de Tiberio a la flotilla que esperaba sus órdenes en aquellas aguas. Pasada esta punta, se ve la roca del *Monacón*, en la que hay una galería subterránea a cuyo extremo, según el decir de las gentes, se da en ancha cámara adornada con un antiguo sepulcro romano que la sirve de centro. Como para llegar hasta él se necesita un sistema de locomoción igual al que Nabucodonosor empleaba en sus malos tiempos, renunciamos unánimes a satisfacer nuestra curiosidad.

Pasados la punta de *Marzullo*, la isleta a ella cercana, y el *Tuoro grande*, en cuya cima está el telégrafo semafórico, saltamos a tierra para visitar las ruinas de un templo romano consagrado a Mithras, existente en una caverna. Volvimos después a la barca, que caminó veloz, dejando atrás el *Tuoro pequeño* y el salto y cabo de Tiberio, digno de especial mención, al que dimos vuelta apresurando el fin de la excursión costera, un tanto prolongada.

Cerca de la Gran Marina hay otra gruta, cuya vista se dejó para otro día, semejante a una decoración teatral que representa cavernas infernales, siniestramente iluminadas por el azufre. Para ver este espectáculo hay que escoger la hora de las diez de la mañana, en que la luz del sol penetra oblicuamente por la angosta boca de la cueva.

16 de Julio.—Las principales alturas de la isla son el Monte Tiberio al Sudeste, y el Monte Solaro al Oeste, hacia la parte de las grutas encarnada y verde. Mide el último 618 metros de elevación sobre el nivel del mar, llegándose a la cúspide después de una larga caminata en burra, excepto en las ocasiones en que hay que echar pie a tierra. Desde aquella se goza de una hermosa vista comprensiva del Vesubio y de los golfos de Nápoles y Salerno.

Llégame al monte Tiberio, pasando al pie del de San Miguel, que no tiene nada de particular. En aquel llaman justamente la atención del viajero las colosales y extensas ruinas de la *Villa Giove*, construida con excesiva magnificencia. En ella se celebraron las delirantes orgías que indignaban a Suetonio.

El salto es un precipicio de rocas escarpadas, que cuenta 1.335 pies de elevación. Desde él eran arrojados al mar los miserables que el tirano condenaba a tan horrible fin, después de bárbaros tormentos. Lugar tan horrendo es explotado por cierta familia pobre que habita una casita cuya puerta trasera da al pretil del precipicio. Después de brindar al viajero con bollos y licores, no sin haberle presentado antes el *álbum* de costumbre, se le ofrecen piedras de algunas libras de peso para que las arroje al abismo. Tardan estas sobre unos veinte segundos en llegar al agua, rebotando en las rocas, al final de su descenso, antes de sumergirse. Parece que rasgan un aire densísimo, ó que son de materia ligera, según la aparente lentitud con que bajan. No hay cabeza que no flaquea, ni nervios que no se estremezcan ante el inmenso corte a pico de la altísima roca.

F. MOJA Y BOLÍVAR.

(Se concluirá.)

EL ÁGUILA DEL CASCO

(DE VÍCTOR HUGO)

A MANUEL REINA

I
 ¡Oh siniestra espesura! tú esas sombras
 pasar una tras otra, muda has visto;
 por tus r.inas, tus lagos, tus jarales
 y tus barrancos, de la tierra asilos,
 sentiste ga opar los dos guerreros
 engendros de la noche y del abismo.
 Viste la iamen a v horrida aventura;
 las nub s, pabellón de lo infinito,
 del espanto: o cuadro que estremece
 v aterra el corazón, fueron te-tigos.
 El triun o desal al, la hazaña indigna.
 Aun tiemb an sobre el tallo estremecido
 las flores que la infamia presenciaron;
 de ello habla el antro al resonante r.o,
 el árbol al menhir, el monte al valle
 y la alon tra la tortola en s.s trinos.
 Oid la narración de la querrela
 entre el hombre feroz y el tierno niño.

II
 ¿Conoce alguien el fondo? No. El pasado
 que envuelve su secreto en velo oscuro
 a contarnos se ni-ga el triste origen
 de las luchas de Eg na y el oculto
 moti o que hizo Ninive guerrera,
 mostrando sólo en el pasado rudo
 la muer e de los firmes combatientes
 tras el cambio burlón de sus in ult.s.
 Así los viejos héroes de la Escocia
 no son para n.ros más que humos
 formas de nubes que disipa el viento
 en el cóncavo azul, brillante y puro.
 Gigantescos se alzaron; eso es todo.
 Entre sí con emp ño furibundo
 se devoraban los sangrientos lores;
 á estocadas buscaban en confuso
 tropel, v como César á Pompeyo,
 odia á Balio el indomable Brucio.
 Ah! por ué? Ignoramos. Volad, soplos
 de destrucción: Dios sólo, inmenso y justo,
 penetra en la honda noche.

El alto conde
 Strathail, rey de Angus, ya el tributo
 rinde al peso abrumante de los años
 que en él colocan su invisible yugo.
 El águila caudal, en su alto nido
 adiestra un sucesor; el rey adusto
 oculta un nietecillo en su palacio.
 Toda la raza del monarca un punto
 cual p.lido relám; ago ha lucido
 extinguiéndose r.ada; de aquel mundo
 de gloria y brillantez, el tierno infante
 y el centenario rey son ya los únicos.
 Mas Dios, bueno, coloca en u alt juicio
 junto á la calva frente el bucle rubio.
 El guerrero halló al huérfano; Jacobo
 tiene seis años. El monarca augusto
 una noche funes. a. —hijo—le dice—
 «la muerte se a. roxima; no la huyo.
 «Cuan.o pasen diez años, caballero
 «serás: escucha mis enargos últimos.»
 Y llevándole aparte, bajo oscura
 bóveda espesa que cerraba el muro,
 largo tiem; o en voz baja al débil niño
 habló el anciano, de dolor convulso.
 Cuando acabó, doblada la rodilla,
 —¡iré—dijo el mancebo,—te lo juro.
 —Sin embargo, es terrible,—gritó el viejo—
 «abandonar la cuna, niño iluso,
 «para subir al lúgubre calvario:
 «y en la edad juvenil casi disculpo
 «al que rechaza con ligera planta
 «el helado dinte, de hondo sepulcro
 «ignorando l. aña venenosa
 «que en las rotas familias se introdujo)
 «y corre tras el rostro sonrosado
 «de hermosa joven, con amante culto.»
 Murió el monarca.

Deslizóse el tiempo
 llevándose diez años en su curso.

III
 Renato, en su alta torre que protege
 un ancho oso de malezas lleno,
 en pi. a oyado contra el rot muro
 cruz lo. brazos sobre el fuerte pecho.
 Ha mucho que su espada ociosa duerme;
 la indolencia le arranca ruin bostezo.

Diez años; eso basta al verde roble
 para a.zarse á la altura corpulento;
 para que un niño débil á hombre llegue,
 para que á su Euridice olvide Orfeo,
 Tisbe á su am. p. n. para que un noble
 olvide su pretado j.amento.

Renato es el señor del monte bravo;
 como el salvaje, de misterios lleno;
 huye el lobo si miré entre la bruma
 las pupilas brillar del vil guerrero.
 Con una alta montaña, base inmóvil,
 conquistador altivo, se ha hecho un reino.
 Temen su nombre Escocia y la Bratania;
 tan sólo está, que nadie pone empeño
 en atacarle ni en domar su brio.
 Habitar en el fondo de un desierto,
 es enroscarse en fúnebre sudario.
 Su nombre espasme pavoroso miedo;
 nació en rico palacio; en ruin cabaña?
 Quién lo sabe? Un ladrón que fuera espectro
 es Renato; y los vientos y las olas
 tan sólo á media voz dicen al eco
 lo que soj. e an del extraño mon truo.

No obstante, aquel audaz de rostro avieso,
 no es más que hombre. Bosteza.

Astuto, infame,
 tendió á su alrededor círculo férreo
 que le preservaba: el formidable espanto;
 mas s ent. de su acción el rudo peso.
 Qué importa que huyan todos? El orgullo
 del fastidio es el símbolo altanero.
 Sin nadie á quien ven. er sus años roe.
 Súbito ve acercársele su viejo
 servidor, el vasallo á quien prefiere:
 Bernardo, su con-tante y fiel arquero,
 que le dice:—Milford, co. ed al punto
 «el tacha y el puñal; líza te. emos.
 «Un señor os escribe.—Quién es?—Diablo!
 «Jacobo, rey de Angus.—Muy bien: su intento?
 «—Mataros.—Que me place! Di que á escape
 «iré á refir con él.»

Muy poco tiempo
 basta para acercar dos ombatientes
 que se bus an terribles y altaneros,
 evocando á la muerte, que implacable,
 ráuda se acerca desde el fondo tétrito.
 E. relám ago á li. s no escucharía
 si le gritara «¡viente!» una vez suelto.
 Llegar, siempre llegar, ley de la suertel

Pasaron ocho días, tristes, lentos.
 Luego, del ancho Lorna, hasta el Knapdala,
 anunciaron sombríos trompeteros
 que dos lores ansiaban encontrarse
 para refir en implacable duelo.
 Q. e Sin Gildo, el patrón alto sería
 de aquel terrible, inapellable encuentro;
 que Angus, estando en i. ro, Renato adusto
 iba en con. ra á lidiar del santo ex. elso,
 pues es costumbre des. e tiempo ignoto
 un santo que proteja lo. ejércitos;
 en Irlanda Patrick, Gildo en Escocia
 y en contra ó por un. anto, patrón bélico,
 se libran las batallas, con la libre
 elección de escapar ó ir persiguiendo,
 de ser firme o temblar, cobardo ó fuerte;
 si se es Beauclerc, cruel; si Eduardo, bueno.

IV

Para sitio del bélico combate
 en la selva eligieron la más lóbrega
 é inextricable ruta: El crudo invierno
 que el agua en piedra á su placer transforma,
 dejaba sólo b. lo viento y lluvia
 los abetos crecer, que en lucha sorda,
 destrozaban sus troncos al violento
 rugir del huracán entre sus hojas.
 Hay más calma en el hombre que en el árbol?
 Todo en el mundo es presa que destroza
 el soplo, el aquilon y la terrible
 tormenta que e. cierno pavorosa.
 Una cuerda tendida sobre el valle
 marca un circuito, un soto, donde sola
 la limpia corriente de un arroyo
 rueda entre guijas bajo verde alfombra
 que en la tersa y brillante superficie
 las altas cañas con su sombra arrojan.
 De árboles v torrentes mezcla oscura,
 (de vida y muerte a. ongojada coja),
 el yermo estáril horrible rodea.
 A quel sit o conduce á la anchurosa
 y tendida llanura desde donde
 convocado al sonido de la trompa,
 llega el pueblo en tropel confuso y ronco
 á presenciar la lucha desastrosa.
 Vese el ancho recinto empavesado
 y escritas en las altas banderolas
 graves sentencias, plácidos cons. jos
 que ve la m. litud con faz absorta.
 —Valiente que no es bueno, sólo á med es
 «puede valiente ser en lid honrosa.»
 —Dad hospitalidad aun al indigno;
 el noble al leñador presta su sombra.

Las pobres gentes que en los bosques viven
 en tumulto se acercan; es la hora.
 Muchos aún pintan sus robustos pechos;
 los ojos, de mirada siempre torva,
 por círculos azules agrandado
 saltar parecen de sus anchas órbitas.
 Traje de hirsuta piel sus miembros cubre.
 Vienen á contemplar con ansia la ca
 de los dos alt. o principes la lucha,
 mas la distancia atra. e ar no osan
 y miran desde lejos; en sus almas
 el miedo lanza sus inquietas olas.
 El pueblo es siempre el pálido testigo.

Si no se viera en la azulada bóveda
 brillar el sol al colorar la nube,
 quizás la vista al extenderse ansiosa
 vacilara ante el tétrico paisaje.
 En el fondo la sombra aterradora,
 la maleza compacta y en la bruma
 sobre la incierta línea que el mar corta
 suelo: enacho de negrozco humo
 que el Hecla lanza, que la niebla arrolla.
 El juez del campo, grande entre los grandes,
 sobre duro peñasco asiento toma;
 cosidas pieles de feroces osos
 y duros renos el estrado forman;
 embajadores de segura vista,
 cual conviene, los sitios inspeccionan.
 En silencio la misa principia; e:
 la rodilla dobló la plebe átonita.

V

Clarines. Es Angus.

Sobre brioso
 y blanco palafren, con faz serena,
 llega un mancebo sonrosado y bello.
 A juzgar por la blonda cab. l era
 mujer parece ó virgen ruboro-a
 que ideas de candor sólo despierta.
 Dulce ser delicado, como el cáliz
 de una flor que arrulló la primavera!
 Desnudo el muslo, á la escocesa moda;
 más que de a. e. o, de bri lante seda
 vestido viene; sólo le acompaña
 bufón a. egr. e mo en grata fiesta.
 Mira, escucha, sonríe, nada sabe;
 y el pueblo al verle, ju. ga que á la tierra
 ha bajado feliz la blanca aurora
 fuz á verter en sus conciencias negras.
 Parece que en el mundo ruin y extraño
 donde vi. i. os, dev. rando penas,
 el blondo niño, de canciones ebrio,
 es el pájar. alado que al fin deja
 la prisión enojosa de su nido,
 el ala iende, en la exten- sion pasea,
 y el misterioso encanto de ser libre
 goz. feliz en la tendida esfera.
 Sus testigos, de igual edad que el mozo,
 cantan alegres y en los cuellos dejan
 de su nobles b. idones al capricho
 flojas: ender las descuidadas riendas.
 Son Mar, Arilo, Athol, Rothsay, rey fiero
 de los Hébridas, diestros en las flechas;
 David, rey de Stirling, Juan, alto conde
 de Glasgow; en us pechos por preseas
 collares de oro ó de floridas rosas
 con heroica altivez firme ostentan.
 Así rodean en el fondo oscuro
 que cubre la fantástica maleza,
 al joven dios el bullicio o enjambre
 de los faunos, bu. ones de la selva.
 Hurra! verter su sangre ó coger flores,
 qué les importa en su esperanza inquieta?
 Alreded. r del conde adolescente
 que envidia c. usa á lieb. la d. osa egregia,
 un concierto armonioso de alanzas
 con li. ero flotar gentil se mezcla.
 Oh, joven! si apenas d. s. perat. s
 á la vida del mundo, ya en la guerra!
 Su cortejo le sigue al dintel mismo
 donde la lid el li. fort. nio apresta.
 Le abandonan espúes. Justo es que sólo
 entrar en el palenque a. daz le vean.
 Nadie puede a. isirle desde el punto
 que el agudo clarín lance su queja;
 suceda lo quiera, del destino
 ya es sólo la fatal y d. bil presa.
 En su ancho escudo, como el alba puro,
 la divisa llea, roja campea;
 de la raza de Angus el lema sa. ro
 Por Cristo y luz, que omo el sol destella.
 La juv. ntud, aurora de la vida,
 llega siempre á las luchas la primera.
 Se aproxima gozoso, li. el, triunfante,
 fr. il y altivo, ansiando la contienda.
 Roja la plu. a del alzado casco
 al viento de la tarde alegre ondea.
 La b. l. a, en tanto, con las verdes cañas,
 haciéndolas plegarse, rauda juega.

De pronto, tras los montes elevados
 que el li. norido soto altivos cercan,
 se oye el terrible son de ronca trompa
 que agita el alma y que las a. gre hiela.
 Las tinieblas inv. den el espacio
 cual si la noche r. pida cayera;
 en vano el sol il. mina a el mundo;
 un otro el bosque fu. de sombra eterna.
 Del fondo de la tétrica espesura
 se adelanta un coloso; avanza, llega.
 Es Renato.

Sí, es él.

Rudo, altanero,
 en la liza campal fiero penetra
 rechaza do á los pálidos testigos
 cual rechazan las hidras la marea.
 Rígido vi. ne en la saj. na malla
 envuelto, q. e protege su f. ensa.
 El corcel, que á su d. l no bien conoce,
 sobre los ciscos, aterrado, tiembla;
 su negra piel trechos salpicada
 de nubes manchas, espantosa mezcla
 de ombra y luz: sin inclinar el cuello
 el campo de la lid hosco atraviesa.
 Diríase que el rey de lo creado
 para formar á la orgullosa bestia
 dejó caer sobre su p. el luciente
 nubes m. zel das á la luz excelsa.
 Sólo avanza Renato: ni escudero
 ni escolta alguna tras el bruto lleva.
 Solo adelanta; sobre el pecho rudo
 pliega: e dócil la camisa f. rea;
 el hacha con o Orestes, cual Gaifero
 el cortante, uñal lijo en su diestra.
 Cubre su ros ro, que despiende llamas,
 cayendo hasta la barba la visera,
 cual máscara fatal que el pensamiento
 contra miradas torpes se reserva.
 Avanza gra. e: un á uila de bronce
 sobre el brufido casc. se alza enhiesta;
 Be. l. u, se mira escrito sobre el ancho
 cerco de su finisima rodela.

Cuando llegó, temblaron los curiosos,
 mas ni un aplauso resonó en la arena.

VI

La causa del combate era bien justa;

mas ni el pastor, errante en el desierto,
ni el ermitaño en su retiro oculto,
cuna del ascetismo, la supieron.
Ni el juez del camelo, inexorable árbitro,
penetrar pudo nunca aquel misterio.

Los dos lores, cual sienta á dos potentes
adalides, habláronse soberbios.

—Salud, rey.—Salud, rey.—A demandarte
justicia vengo, y en la lid la espero.
Sabes por qué?—Qué importa?

Ambos las puntas
de las lanzas bajaron contra el suelo.
El juez habló:—Esforzados campeones,
«huéspedes del sepulcro horrible y negro
«sois ya: sólo podéis de su recinto
«salir, si place á Dios. Señor excelso;
«si el lo permite desde el alto trono
«que vela en nubes su esplendor supremo.»
Siguiendo la costumbre establecida,
—«Qué edad tienes, milord?—«ojó al guerrero.
—«Cuarenta años.—«Y tú.—«Cumpli hace poco
diez y seis.—«Es un niño.—«gritó en eco
desgarrador la plebe.—«Lucnad, príncipes—
dijo el juez, retirándose á su asiento.
Partióse el campo al punto, el sol partióse,
Y los dos combatientes se midieron.

Ser de la misma talla y de igual fuerza,
combatir hombre á hombre en campo abierto,
enfrente de un igual hallar la tumba,
con Marte, Ajax, contra Fingal ser Fergo,
es hermoso y da honor al cielo heroico
que simboliza el romancero épico.
Mas aquí la flexible y débil caba
que el aura dobla á su apacible beso
luchaba con la maza que á su golpe
derriba al alto roble corpulento;
el dulce Hylas contra el terrible Hércules,
Polifemo ante Acis; triste suceso!
El peligro de un niño hace á la madre
temblar por el pedazo de su seno;
todos los Astyanax, santo problema!
el alma rasgan del sublime Homero
y el laúd armonioso narrar teme
sumido en espantoso desconcierto
la lucha del león y el cervatillo
que espira entre sus garras indefenso.

Oyóse la señal.

Mudos, terribles,
los nobles combatientes se embistieron;
así van los relámpagos buscándose
en tempestuosa noche por los cielos.

Sobre el hombre el infante cayó súbito
é hizo bien su deber, golpeando terco;
el hombre, cual si el hecho no notara,
impassible quedóse, adusto y serio,
tranquilo, grave, resistiendo el choque,
dejando al niño alancarle el pecho.
Así presto á cruzir desde la cima
difiere la avalancha el golpe horrendo;
así el yunque se muestra harto insensible
del ferrado martillo al golpe seco.
El rudo brazo como enorme clava,
extendido á lo largo de su cuerpo;
semejando demonio por los ojos,
y estirpe por su atónico silencio.
Por la tercera vez el niño embiste
sin que el fuerte infanzón se digna verlo.
Sobre aquel hombre, mezcla tempestuosa
de honda fatalidad y firme hie ro,
que parecía melitar perdido
en el oscuro fondo de algún lienzo,
el niño redoblaba infatigable
los firmes golpes, por la rabia ciega,
tan pronto sobre el duro coslete,
ya sobre el casco y el luciente peto.
Ataque de la mosca inofensiva
á la araña que burla su ardimiento.
El sudor por su rostro resbalaba;
Renato, cual la roca, inmóvil, recto,
meditaba á la vez que el tierno niño
con inútil afán busca vencerlo.
De pronto—«vamos.—«murmuró en voz ronca;
levantó la visera, dió un tremendo
rugido, cual de bestia carnice a,
y sobre el joven loiró con tan violento
empuje se lanzó, con tanta saña
y aire infernal, que el infeliz mancebo
arrojando el lanzón, volviendo bridas
dióse á la fuga y se perdió á lo lejos.

Entonces comenzó fiero y terrible
el implacable aterrador ojeo.

VII

Tembloroso y hundiendo en los ijares
del rápido corcel que se enfurece
la doble espuela que la sangre moja,
sin mirar el abismo á do desciende
y qué importa? ante sí, lejos del mundo;
elevados los brazos que fallacen,
el pobre niño con espanto loco
huir procura de la horrible muerte.
El corcel, que le adora, ve el peligro
que corre el dueño, y vuela entre torrentes.
La espesura le acepta, le recoge
y entre sus hojas con amor le envuelve.
De pronto en la maleza inexplorada
el oneroso lo niño desaparece.
Todos los troncos para abrirle paso
apartaban sus ramas, siempre verdes.
Arriesgándose así su nob e abuelo
á liza desigual, no obró imprudente?
Ah! quien lo sabe? de misterios llena
está la negra, inquebrantable suerte;
pero el horror existe, y aquel pálido
huerfano, apurando hasta las heces
del pánico la copa, ya en la tierra
huir ante el destino sólo puede.
Ah! pobre cabecita abandonada
en la sítima de horror que ate ra al fuertal
Huye, se esquivo; entre la selva espesa
el azar de la fuga oscuramente
paso ofreciendo á su carrera loca,
descompuesto aquel rostro que á la nieve

casta imitaba en su quietud serena,
sin escojar su ruta, el ijar hiere
del dorado bruto que se agita,
plega los flancos y los air s bebe.
Estracho raso á la siniestra fuga
del mancebo infeliz, refugio ofrece;
se detiene escuchando; ya está solo;
quizá lástima Dios del niño tiene!
De pronto crujen las inciertas ramas....

Así en el sueño el alma que padece,
culpada y con terror, de espanto llena
á veces huye, y tras sus pasos siente
de algún negro corcel, de sombras hecho,
el aliento fatal que le estrema.
Uno ve que en el fondo del delirio
la visión le persigue y volar quiere.
Angus vive, y los ojos sueño horrible
el monstruoso Renato allí aparece.
¡Horror! ¡Horror! El niño va sin fuerzas,
descolorido, en el corcel valiente
los acicates clava y como sombra
del bosque entre los árboles se pierde.
Huye Angus, más Renato le persigue;
conciencia impura que el dolor no mueve!
lúgubre cacería! ni la roca
ni el estanque insalubre le detienen,
ni el verde acebo, ni el profundo lago,
ni el precipicio abierto en la vertiente.
Corren, saltan y vuelan incansables
lentos los ojos de nacunda fiebre;
así rueda la hoja triste y sola
que arrastra seca el huracán potente.
A un barranco, trinchera abierta á pico,
llegan los dos, se tocan, va á cogerle
con la sudosa diestra, más no, ciego,
apoyado en la fuga, resistente
soporte y en el miedo que le arrastra,
ágil, rápido, el niño se desprende,
franquea el matorral, y en los jarales
cual fundida visión se desvanece.
Como dos huacanes que se siguen
ensangrentados vuelan los corceles;
bajo sus cascos los guijarros saltan;
cruje la rima, entúrbianse las fuentes
y la ardilla aterrada salta inquieta
del alto matorral que la protege.
Ah! cómo reñar en débil rima
los prodios osos saltos de la ardiente
persecución horrible; el valle triste
que se ahueca, el collado que se mueve
y alza su mole deteniendo el paso,
el antro oscuro en que la sombra duerme,
el precipicio horrendo, el alto escarpe
que sobre sima enorme se mantiene,
el vencedor de cólera espumando,
el niño, los sombríos palafreños
y el horror de la selva estremecida
ante el odio infernal de aquel ave?
No hay raras el mío lo sitio inabordable;
quién al furor los impetus detiene?
Como el sangriento tigre el ciervo corre.
¡Persecución horrenda!

En la imponente
majestad del crepúsculo, ya solo
á lo lejos se escucha el rumor leve
del pueblo que retorna á la llanura
cual bullicioso enjambre y en la agreste
espesura dos seres que á lo lejos,
trágicas sombras, el espacio hienden.

VIII

Tranquila el bosque bajo el cielo puro
mece indolente sus flexibles ramas;
cantan los nidos y en la verde alfombra
alegre un arroyuelo corre y salta.
Todo en la verde tierra florecia.
«¡Perdon!—el niño con terror gritaba;
—«¡Yo no quiero morir!... ¡Clemencia!... apiádate.»

Mas su noble corcel al fin se cansa;
Renato se aproxima; ya está cerca.

De pronto en el espacio que dejaba
abierto en hueco de carnal roca,
un venerable anciano se adelanta,
tiende los brazos al guerrero duro
y vierte con unción estas palabras:
—«De tus acciones al Eterno cuenta
has de dar; de tu pecho el odio arranca
que enerva el corazón, nubla la frente
y deja para siempre seca el alma.
Aquel que va á morir por el que sólo
debe vivir, te implora; cese el ansia
de muerte que te inunda y á ese niño
deja gozar de su lusión temprana.»

Furioso el paladin eleva el brazo
y á un golpe formidable de su hacha
hiende la áspera roca que servía
de asilo al eremita en la montaña.
—«¡Imbecil! ¿Quieres que á mi furia escape?
Y siniestro al corcel la espuela clava.

Puede tenderse rápida la ola;
el viento, aunque lejano, al fin la alcanza.
Angus oye acercarse á su enemigo,
vuelve la vista atrás desalentado,
y ve su ardient, lóbrega figura,
destacarse en la sombra horrenda y trágica.

De pronto la muralla de un convento
del mancebo á los ojos se dilata;
de aquel recinto augusto y majestuoso
sube á los cielos férvida plegaria;
de la campana el son triste se escucha
y la alta iglesia, por el sol bañada,
ábrese grave del portal severo
á pasos lentos procesión extraña
de sombras aproximarse; sus rostros
ocultan blancos velos, son hermanas
de una congregación; á su cabeza
la superiora; hacia el guerrero avanzan;
el monótono canto al cielo sube
donde la luz del sol trémula baja.
Ellas han visto al indefenso niño
huir con el terror en la mirada
y el ¡Miserere! en coro á Dios elevan.
La superiora el baculo levanta

entre el adolescente y el guerrero
y un crucifijo negro entre ambos alza.
Todas aquellas vírgenes que cumplen
un sagrado deber, siervas del ara,
lloran sobre la víctima angustiada
y el vencedor á quien la furia abrasa.
Oronar quieren al tremendo crimen
el Cristo inmenso, fuente de esperanza
que abre sus brazos desde el alto cielo
reconciliando á la familia humana.
El monstruo llega, blande el hacha altivo
y á: «¡quél rebano que murmura—«¡Gracia!
—«¡Patomas!—dice—«que arriesgáis las plumas;
desapareced volando; el cuervo pasa!»

Cierra la noche y siempre tembloroso,
llorando, huyendo de la horrible garra
el niño corre loco y delirante
del miserable que su vida amaga.
Es la hora en que el ténico aprizante
semeja á un sueño, y vago se agiganta;
luz de la luna, matorral, crepúsculo,
todo se pierde en la tiniebla vaga.
Se encarniza el comb t y mas horrible;
el viento teme, el árbol amenaza;
la noche se estremece y cual de un vértigo
envueltos, en las sombras apartadas
cruje el abeto, pléganse las rosas
y velan las estrellas su luz pálida.
Indefenso el mancebo, armado el hombre,
corren por la espesura, setos saltan,
y al verlos con la niebla confundidos
duda el pecho si son mudos fantasmas.

De un grupo oscuro de arrumbadas chozas
una mujer bajo el dintel se para;
no puede hablar, el llanto que la inunda
la súplica retiene en la garganta.
Es una madre; entre sus brazos duerme
una niña risueña más que el alba;
madre y nodriza; su desnudo seno
próvido en tanto don bien lo delata.
—«Perdonadle—murmura abriendo paso
al niño que prosigue su jornada.
—«N ncal!—replica el monstruo; mas la débil
y afligida mujer dobla sus canas
ante el fatal espectro, y de r dilas
le cierra el aso drraman o lágrimas.
—«¡Detente!... Sé benigno y Dios tus duelos
«aliviara; perdonale; ¿qué aguardas?
«En nombre de la cuna, no abras torvo
«una fosa iniestra con tu espada;
«sé vencedor, es justo; más no seas
«asesino; la sangre al Señor clama;
«perdonalo. Esta niña que en mi seno
«abrazo no la ves? piedada demanda
«para el lloroso y fugitivo niño.
«Deja volar la presa codici da:
«¡ah! no le mataras; déb s oirme,
«pues teno entre mis brazos á la infancia
«y la infancia, señor, es cual la aurora
«que aparece en Or ente imaculada.
«Piensa en tu madre; y bien, yo como ella
«soy madre; hombre, respeta en mí á la dama.
—«¡Fuera, hembra ruin!—rugió Renato horrendo;
golpeó de la mujer la vieja cara
y en el desnudo seno, horriblemente,
lívido de furor grabó la planta.
Se ignora en qué funesto precipicio
juntóse al niño el miserable paria;
mudo el labio, el terror en el semblante,
las manos por el vértigo crispadas,
del corcel resbaló, triste, agotado.
Fuerzas reunendo al ver que se acercaba
Renato, sus dos manos suplicantes
tendió infeliz á los etéreas salas.
Su madre, desde el fondo de la tumba,
la muda, horrenda escena contemplaba.

Corre el infame, llega, y sobre el niño
—como en los circos de ciudad pagana
la tigre ebria de sangre—fiero cae;
de un hachazo rodaron separadas
las blancas manos que en la negra sombra
la ración á los cielos elevaban.
Luego el convulso y mutilado cuerpo
por los blondos cabellos torvo arrastra
y á un barranco, frontera del abismo
lo lleva vengativo.

Con satánica
expresión, jadeante, ebrio de gozo,
arrojando sinies ra carcajada
al huerfano dió muerte.—«Estoy contento!—
gritó golpeando la cru iente malla.
Así debe reir en su antro infame
con eco sepulcral la vil tarasca.

IX

En este instante el águila de bronce
que coronaba el casco y que impassible,
inmóvil y sombría le observaba,
gritó:—«Cima tranquila que revistes
«la i ciente blancura de esas nieves;
«cielo estrellado, grutas y reptiles;
«espesura gigante que á lo lejos
«extiendes tus recónditos confines,
«yo os invocó; decid si sois testigos
«de ue s e ser es vil entre los viles.»
Esto diciendo á semejanza justa
de un cavador, que su ancho hie ro esgrime,
cual iere un leñador con u hacha dura
el roble, fuer e el brazo, el pulso firme,
con el agu o pico al héroe infame
la frente horada, muérdela irascible;
rompe el labio, arráncale los ojos;
de las uñas contráctiles se sirve
y amasa el cráneo, pulveriza el rostro.
Envuelto en la armadura, ya ino vible,
de do la sangre en tibio y rojo hilo
salía cual la ola de una sirte,
muerto arrojó del barranco al fondo,
abrió las alas y voló terrible.

ANICETO VALDIVIA

Febrero 1883.

SER INVISIBLE

I

...Acababan de cenar cinco ó seis jóvenes en uno de los mejores restaurantes de la capital. Serían las dos de la mañana.

Las servilletas arrojadas en desorden sobre el arrugado mantel, los tabacos á medio concluir, las copas finas en que centelleaba el kummel ó el chartreuse, todo indica que había terminado la cena y empezaba la conversación.

Era la hora de las confidencias y de las divagaciones, de las confesiones y de los ensueños; los sentimientos más recónditos volaban en volutos en el humo de la *Flor de Cabañas*.

—Si tuviera hoy—decía uno de los convidados—los doce mil duros de renta que he dejado en el Casino, compraría los ocho poneys que vende Ricardo mañana.... pero harto trabajo me cuesta ahora tener que mantener un criado y dos caballos. ¿Y tú, como andas, Enrique?

—Pues, no ando mal del todo. He tenido dos ó tres días de suerte esta semana, y yo no pierdo más que unos cuatro mil duros.

—¿De cuánto te has desquitado?

—De unos veinte mil.

—¿Y tu tío sigue bueno?

—No anda muy mal, no. Me parece que se va acartonando.

Uno de los convidados, quizá el mas joven de la reunión, Antonio de Mac-Onny, recostado indolentemente en un diván, apenas se dignaba mezclar su conversación á la de sus compañeros. Absorto en reflexiones, con los ojos fijos en la pesada cortina de terciopelo que cubría la ventana, en aquel momento iluminada por los suaves rayos de luna, tan sólo se le veía agitar, de vez en cuando, distraídamente los labios.

—¿En qué piensas, Antonio?—le preguntó uno de los comensales.

—¿Yo?—respondió al punto sobresaltado como si despertase de un sueño—en nada.

—Ese tiene una idea fija—dijo su interlocutor dirigiéndose á los demás.

Y se levantó, y dando un golpecito en el hombro á su amigo, añadió:

—Nada, Antonio, nada. Trabajas en balde; lo que es eso, nunca lo lograrás.

—¿Pero qué es lo que quieres?—preguntaron todos con curiosidad.

—Una cosa muy sencilla. Figuraos que á Antonio le tienen sin cuidado las cosas que pasan en el mundo. Oye decir que se ha muerto su tío y se queda tan fresco. Le dicen que han cogido á Castelsani haciendo trampa en el juego, que el marqués de Perkeo ha tenido que vender sus cuadras, que Adela F.... tiene empeñadas sus alhajas, que Pepito Martín se vá á Filipinas, y responde: ¿Y á mí qué? Lo dicho, queridos. Antonio vive fuera de este mundo.

—¿Pero qué le pasa?—preguntó el coro.

—Otros envidian un tronco de soberbios alazanes, una villa en Italia, una partida de caza, un tren, una mujer; él no envidia nada ni quiere nada. Sus deseos están muy por encima de todo lo vulgar. El nene que se empeñó en que le dieran un pedazo de luna, se queda tamafito al lado de Antonio.

—¿Pues qué es lo que quiere?—volvieron á repetir los oyentes.

—Buscad en los cuentos de brujas, de caballería, de magia blanca y negra.... y acertaréis.

—No; dilo tú.

—Pues bien; Antonio quiere ser.... invisible.

—¿Invisible?—preguntaron entre admirados y burlones todos los convidados.

—Y piensa seriamente en ello; hace experimentos con el éter y el cloroformo; en fin, que se ocupa seriamente en lograr su empeño.

Antonio se levantó muy pálido y dijo sencillamente:

—Y lo que extrañará á Vds. más, caballeros, es que conseguiré mi objeto.

Los jóvenes se miraron unos á otros con ojos de compasión para su amigo.

—¿Y qué harás cuando seas invisible?—dijo uno.

—¿Que qué haré?—pues os lo voy á decir.

Antonio tocó al timbre y mandó que trajeran un ponche.

—Haría—dijo—más bien, que daño. Atacaría sin vacilar cuantos excesos é injusticias llegarán á mi conocimiento. Heriría sin misericor-

dia á todos los traidores, á todos los hipócritas, á todos esos seres dañinos que tanto abundan en nuestra sociedad. Jamás la justicia humana comprendería tan bien como yo sus deberes. Yo sería, á la vez, la opinión, la justicia y la condenación.

—Bueno; eso es para el bien, ¿y el daño, cómo lo practicarías?

—¿El daño?—repitió el joven—No sé....

—Sí, hombre; dí, cuál sería el daño que harías.

—Pues bien—respondió con esfuerzo—iría casa de Clotilde.... entraría como el aire, y me dirigirla á esa habitación en que tantas horas he pasado á sus pies. Allí escucharía cuanto la dice otro hombre; presenciaria aquella escena de amor; ella, por su parte, le haría los mismos juramentos, las mismas protestas que hace á todos; yo no perdería ni una sílaba de sus palabras, ni una mirada de sus ojos. La certeza de mi venganza calmaría el ardor de mi sangre y la emoción de mis sentidos, y me daría fuerzas para llegar hasta el fin. Entonces, cuando viese á Clotilde unir sus labios á los del hombre que hoy ama, alzaría mi puñal.... y lo clavaría hasta el pomo en ese corazón que me engañó.... No satisfecho todavía, presenciaria además la desesperación y el terror del otro; vería las lágrimas rodar ardientes por sus mejillas; y cuando oyese á la gente que acudiera gritar furiosa: «¿Dónde está el asesino?» me gozaría viendo aquel hombre apretarse como loco la cabeza, y buscar por todas partes con desesperación.

—¿Dónde está el asesino?—le dirían.—Aquí no hay nadie más que Vd. La puerta está cerrada....

Le vería ir atado entre la policía.

Le seguiría hasta el calabozo, y contaría allí sus agonías.

Si la justicia no tuviese pruebas, yo se las daría, yo las llevaría casa del otro, pondría en un cajón de su mesa el puñal ensangrentado; ensancharía las manchas sangrientas de su ropa; y si el verdugo estuviese enfermo, yo mismo iría á ofrecerme á la justicia con el antifaz negro del ejecutor de Carlos I.

—¿Estás loco!—dijeron los amigos del joven.

Las copas se habían llenado y habían vuelto á vaciarse muchas veces. Antonio salió y se fué á casa de Clotilde.

Encontró por una casualidad la puerta de la calle abierta.

Pasó sin hacer ruido por delante de la portería, y como tenía todavía en su poder una llave del cuarto, pudo penetrar hasta la alcoba de su infiel querida.

Antonio la estuvo contemplando, y luego la hirió en el corazón.

Clotilde no lanzó ni un suspiro; tan terrible fué el golpe.

El asesino volvió á bajar tranquilamente la escalera y salió á la calle.

II

Al día siguiente, Clotilde amaneció muerta, con un puñal clavado en el pecho.

En su habitación no se notó el menor rastro de violencia; todo estaba intacto; el crimen no había tenido por móvil el robo.

En su casa no había dormido nadie más que el barón de Morgen. Clotilde había despedido á su doncella el día antes. A nadie se podía acusar del crimen más que al barón de Morgen.

Fué llevado á la cárcel, é incomunicado en un calabozo. En vano protestó de su inocencia; en su apoyo no existía la menor prueba. El barón, previendo una condena infamante, se suicidó.

Antonio está hoy en una casa de locos.

Cuando le llaman se echa á reír á carcajadas, porque dice que es invisible.

AURELIANO SCHOLI.

EL SULTÁN

ORIENTAL

Bullen por mis jardines canoras aves;
Tengo en ricas estancias copas de oro,
Y de marfil cargadas mis turcas naves
Libres hienden las olas del mar sonoro.

Prisionera en su cárcel de filigrana
Resbala de mi ninfa la planta leve,
Que en su túnica envuelta de azul y grana
Va enseñando las formas de su pie breve.

Bordan la fresca orilla verdes rosales,
Lanzan las claras fuentes blandos rumores,
Y responde al concierto de sus cristales
El son de las calandrias y ruiseñores.

Tengo prados de rosas y de alelles,
Tengo rojos cojines de seda indiana,
Y sartas de corales y de rubíes
Para adornar la frente de mi sultana.

Donde mi bien amado duerme y suspira
Guardo en lechos de plumas gasas flotantes,
Ricas blondas preciadas de Cachemira
Y áureas cintas sujetas entre brillantes.

Cuando en la azul esfera brillan los astros,
Me brinda el arpa amante notas divinas;
Y en las fuentes de jaspes y de alabastros
Bullen por las espumas libres ondinas.

Tengo de mármol raro bello recinto,
Guardo en mi harem luciente rico tesoro,
La flor como la grana del terebinto
Y el árbol corpulento del sicomoro.

De Venecia y Castalia, Persia y Hungría,
Guardo en conchas de nácar flores de perlas,
Y soberbias guimaldas de pedrería
Que las turcas y egipcias lloran por verlas.

Ven, sultana, que el cielo brilla esplendente,
Y el mundo se despierta con sus rumores;
Ven, que ya te saluda la clara fuente
Al son de las calandrias y ruiseñores.

Ya despiertan del prado los alelles,
Ven á mi harem, mi reina, ven mi sultana....
¡Para tí son mis perlas y mis rubíes!
¡Para tí mis cojines de seda indiana!

S. RUEDA

UN DRAMA VERÍDICO

Un día que comían juntos Balzac, el ilustre novelista, y Vidocq, el no menos célebre jefe de policía francés, la conversación recayó á los p. stes sobre la novela moderna. Vidocq sostenía que la realidad es muy superior á la imaginación; Balzac, al contrario, decía: «Nosotros somos los acreedores de la realidad.» Para probar la verdad de su tesis, Vidocq contó la historia que vamos á transcribir.

Nuestra versión está extractada de una narrativa admirablemente hecha por León Gozlan, el amigo inseparable de Balzac, que también escuchó el drama de los propios labios de Vidocq.

I

Era la noche del 14 de Diciembre de 1834 ó 35.

Acababa de dar la una, cuando vi pasar por detrás de la puerta de mi despacho dos sombras que me parecieron ser dos mujeres. Me levanté; eran en efecto dos mujeres. Abrí la puerta, y las pregunté dónde iban. La dama me contestó secamente, sin detenerse, sin mirarme, que deseaba hablar al prefecto de policía. He dicho la dama, porque fácilmente se veía que la otra era su doncella. La señora estaba vestida con traje de baile. ¿A qué venía, á la una de la madrugada, á casa del prefecto de policía, una dama en traje de baile, y vestida—debo advertirlo—de un modo un tanto extraño? Las flores parecían puestas al azar sobre su tocado, sus cabellos estaban apenas peinados, y bajo del colorete—porque á pesar de ser muy joven y en extremo bonita, se había puesto colorete—se echaba de ver una palidez cadavérica. Pero lo que más extraordinario me pareció en aquel tocado de baile y regocijo, y lo que parecía ser la señal más elocuente de locura ó de un estado mental que yo no sabía explicarme, era que tenía calzado un pie con una botita negra y el otro con un zapato de raso blanco. Iba á responder que no se entraba así y á aquella hora de la noche á casa del prefecto, cuando precisamente en el aquel momento se abrió la puerta de las habitaciones de éste y el ujier de servicio la dejó pasar. La puerta se cerró tras ella, de modo que la doncella se quedó en la

escalera. La dije que pasase á la pieza donde había dejado á mis subordinados, y aceptó.

A decir verdad, aunque su modo de vestir no fuese tan extraño como el de su señora, su parte intelectual no parecía hallarse en el mejor estado. En las pocas palabras que pronunció para responder á mi proposición, observé un temblor nervioso, cuyo único origen no debía ser el frío. Aquella muchacha tenía miedo, pero un miedo cervical que inspiraba pavor y tal como no lo he visto en todos los días de mi vida, á no ser en su señora.

Por más que hacía, no adivinaba nada tras la turbación de la doncella, á quien ofrecí el mejor sillón cerca de la chimenea para observarla á mi sabor. La inquietud de espíritu que la dominaba no la dejaba estar ni un momento quieta. Cada diez segundos se levantaba, iba á la ventana, limpiaba con la punta del guante el cristal empañado por la niebla y miraba. ¿Qué era lo que miraba? La seguí para saberlo. En aquella dirección estaba parado el coche que las había traído. No era de alquiler, sino un sorberbio carruaje de casa grande. ¿Temía que se alejase aquel coche, y por eso estaba tan inquieta la doncella? ¿Aguardaba en él alguien que esperase el resultado de la visita de la señora? Eso es lo que no pude penetrar, y la oscuridad creció más aún para mí cuando oí á la doncella, que no me creía tan cerca, murmurar con acento indefinible y los ojos fijos en el coche: ¡Duerme!

II

Veamos entre tanto lo que pasaba en las habitaciones del prefecto que se había acostado á las doce, después de ordenar al ujier de servicio que bajo ningún pretexto dejase de respetar su sueño y que no le despertase hasta el alba. Cuando daba esta orden, no había caso de que se violase la consigna, porque esta consigna no era ni más ni menos que cuestión, no diré de vida ó muerte, pero sí de salud ó de enfermedad para el magistrado que la imponía como una muralla en defensa de su reposo. Pocos hombres habrá que resistan tres meses seguidos las enormes obligaciones, las pesadas responsabilidades que van anejas al cargo del prefecto de policía de París, sobre todo, en estos últimos años de motines, de revoluciones, de conspiraciones y de sociedades secretas. Cuando todo duerme: la majestad real, la justicia, el ejército, el pueblo, las leyes y las costumbres, el solo debe velar por la moralidad y por la justicia. Es el rey desde que el sol se pone hasta que amanece.

Admirado de que el centinela y el portero hubiese dejado pasar á las dos mujeres, el ujier se informó del motivo que traía á aquella señora á las habitaciones del prefecto. Esta respondió con voz alterada por la emoción y el cansancio, que deseaba hablar inmediatamente al señor prefecto; y sin aguardar respuesta se lanzó sobre la puerta del que con razón suponía ser el gabinete donde le podría hallar. El ujier la detuvo y la dijo que el prefecto no recibía más que una vez á la semana, y por solicitud escrita; que los demás días no se abría su gabinete sino en circunstancias excepcionales; y por último, que cansado y seriamente indispuerto desde hacía tres días, se acababa de acostar dando orden de que no se le despertase hasta las seis de la mañana.

—¡Las seis de la mañana!—exclamó la dama retorciéndose las manos é hiriendo desesperadamente el suelo con el pie—¡las seis de la mañana! Ahora es cuando necesito verle y hablarle para un asunto gravísimo y de la más alta importancia.

Desengañado, como lo están todos los ujieres, de ese pretexto de asuntos de la más alta importancia, de que tanto se abusa, Martín—así se llamaba el ujier de guardia aquella noche—respondió que lo sentía en el alma; pero que le era imposible violar la consigna. Con el mismo tono rápido y convulsivo con que había hablado hasta entonces y que no lograba ni aun siquiera moderar, la señora replicó que cuando el prefecto supiese de qué se trataba y el motivo de aquella visita nocturna tan extraordinaria, pero tan perfectamente justificada, en vez de castigarle ó de enfadarse con él le daría las gracias y le quedaría agradecido. Y la dama terminó esta nueva súplica lanzándose por segunda vez sobre la puerta del gabinete del prefecto, impetuosa y reprimida, como la primera, por el brazo de hierro del ujier, muy sorprendido—según después me dijo—del vigor y la energía de aquella mujer, al parecer, tan débil. Martín repitió que lo que se le pedía era el imposible de los imposibles, y hasta suplicó á la dama que se retirase.

Esta se sonrió, y como si no hubiese oído las palabras del ujier dijo que lo que de él esperaba era, al contrario, muy posible y hacedero.

—Vamos á ver, Vd. tiene miedo, ¿no es eso? ¿Qué compensación quiere Vd. para el caso de que pierda su empleo? ¿Qué indemnización exige Vd.? ¿Diez mil reales, veinte mil, cuarenta mil, ochenta mil? Lo que Vd. quiera... Tome Vd., tome Vd....

Y la dama deslizó, ó mejor dicho, rompió con gesto violento el grueso collar de perlas que llevaba al cuello, se arrancó los brazaletes cuajados de brillantes, y poniendo en las manos del espantado ujier perlas y diamantes, le dijo:

—Ahora, vamos.

El pobre Martín, vencido, puso sobre una silla el collar y los brazaletes y se dirigió al cuarto del prefecto.

¿Se podría resistir á una mujer como aquella?

III

El prefecto que había por aquel entonces no era un dormidor impenitente, pero tenía el genio irascible, como lo tiene todo funcionario

que está en la obligación de escuchar quince horas diarias las reclamaciones, peticiones y reflexiones de ese público compuesto de importunos que toman demasiado al pie de la letra la definición de Mirabeau: «Desde el rey hasta el último guarda rural, todo funcionario es un empleado del pueblo, y a cualquier hora del día ó de la noche este empleado debe estar pronto á servir á su dueño.»

Martín tuvo, no obstante, su momento de valor.

Se fué derecho á la cama del prefecto, que estaba en ese primer sueño que tan dulce es para el que no siempre puede dormir el segundo. Martín, que no quería despertarle de pronto, empezó á poner en uso cuantos recursos hay para despertar á un hombre sin sorprenderle y sin enfadarle. Pisó fuerte, meneó las sillas, tosió, todo inútilmente. Por fin, se atrevió á llamar por su nombre al magistrado: medio estremado, peligroso, pero medio seguro de llegar directamente á fin tan deseado como temido.

Fácilmente se adivina que el despertar del prefecto no fué precisamente tan gracioso y tan agradable como el de la inocencia de Prudhón. De un salto se sentó en la cama y miró fijamente al audaz que así se atrevía á turbar su reposo. Martín, aunque había sido soldado, aunque había hecho todas las campañas del Norte, se derritió, se atemorizó, se anuló, cual si no hubiese existido, ante aquella mirada.

—¡Asesino, pillo, ladón, infame! ¿No te había dicho que no entras hasta las seis?—gritó enfurecido su jefe.

—Señor, es una señora.....—murmuró el pobre ujier, que en medio de su terror pensaba en los diamantes y en sus perlas.

—¡Una señora! Bueno, ¿y qué?

—Que tiene razones imperiosas para querer hablar con V. E.

—¡Una mujer y á estas horas!..... ¡con el tiempo que hace!..... ¿Es esto burla, caballero?... ¡Que se vaya con diez mil demonios!

—Es que dice que conoce mucho á V. E., y no me atreví á.....

—¿Y quién dice que no me conoce? Como vuelva á suceder que desobedezca Vd. las órdenes que yo doy, puede considerarse cesante, porque lo primero que hago es ponerle de patitas en la calle. Ya está Vd. avisado..... ¡largo!

Dicho esto, el prefecto se volvió á meter en la cama, se tapó y trató de reanudar el sueño. El ujier por su parte, se fué cabizbajo y desalentado, á dar cuenta á la señora de la acogida que le habían hecho por su causa. La dama le escuchó en silencio y después repuso:

—Es preciso que no se vuelva á dormir. Vaya Vd. otra vez y dígame.....

—No, señora, no, no volveré—se apresuró á decir Martín, y para no dejar á aquella mujer ni la más remota esperanza, añadió:—¿Sabe Vd. con qué me ha amenazado si volvía á entrar?... pues con echarme á la calle.

—¿No es más que eso?

—¿Cómo, que si no es más que eso? ¿Y mis hijos? ¿y mi casa?

—No perdamos tiempo,—continuó la señora tomando las manos del ujier.—¿Cuánto gana Vd.: seis mil reales, ocho mil, diez mil? Pues yo me comprometo á pensionar á Vd. con doce mil si le dejan cesante por haber entrado en esa habitación á decir al prefecto que una mujer necesita hablarle de un secreto del que depende su vida, su honor y el de su familia.

—¡Una pensión de doce mil reales! Martín quedó petrificado de asombro y de gozo ante proposición tan piramidal. ¡Doce mil reales á él que ganaba..... si los ganaba, tres mil, con descuento!

—Tome Vd. á cuenta—prosiguió la bella obstinada—porque era bella—abriendo una carterita y sacando de ella dos billetes de cuatro mil reales.—Ahora vaya Vd. y diga al señor prefecto, que mañana, en Palacio, el rey le dará las gracias por haberme escuchado esta noche.

Ante estas palabras, dichas con toda la sencillez de la convicción: *El rey..... Palacio..... Gracias.....* Martín se preguntó:

—¿Con quién estoy hablando, Señor? ¿Quién es esta señora que de tan alto crédito goza, que tiene tantos diamantes y tanto dinero?

No había modo de negarse. Así es que con paso firme, algo firme, al menos, penetró resueltamente en el dormitorio de su jefe y le sacudió.

Esta vez, el irascible magistrado levantó cual olas irritadas, mantas y sábanas, las arrojó á lo lejos con un brusco movimiento de piernas, y saltando de la cama, con las manos apoyadas todavía en ella y la crispada punta de los pies en el suelo, gritó al ujier con voz de trueno:

—¿Qué pasa? ¿qué traes? ¿qué te trae aquí? ¿hay revolución?

Martín, que había retrocedido aterrado, respondió desde la puerta.

—No hay revolución, pero esa señora está aquí todavía, y jura y perjura que no se irá sin ver á V. E.; está loca, llora... dice que el rey es amigo suyo y que ha comido con él y con V. E. en palacio.

—¡Esto es horroroso! ¿Qué cinismo el de esas aventureras!..... ¡El rey!..... ¡Palacio!..... Vamos, vamos.....

Y cruzándose de brazos, con la falsa resignación del hombre á quien la cólera ahoga, preguntó al ujier:

—¿Cómo se llama esa señora?

—No lo ha dicho.

—¡Imbécil! Anda á preguntárselo.

—Voy corriendo.

Y Martín escapó sin escuchar las palabras que su jefe le lanzaba:

—¡Si antes de tres segundos no se ha acabado esto, te meto en un calabozo por lo que queda de noche!

Nueva dificultad: la dama no quería dar su nombre al ujier. Mar-

tín, temblando, hubo de decir á su jefe que la señora no se daría á conocer más que al prefecto en persona. Este, por su parte, empezó á reflexionar que una mujer que pedía, con una insistencia sin igual, ser recibida á aquellas horas, y que se negaba á dar su nombre después de haber hecho uso del rey, debía ser escuchada. Así es que dijo á Martín:

—Ya que esa señora no quiere darte su nombre que lo escriba y me lo mande bajo sobre.

Un suspiro de satisfacción infinita salió de los labios de la dama. Tomó un sobre de los que siempre había en la mesa, metió en él una tarjeta, lo cerró, y en menos de un segundo pasó á las manos que lo esperaban.

El prefecto lo coge, lo abre, lo lee; de un salto se pone junto á la luz, y sin cuidarse del frío ni de nada, vuelve á leer la tarjeta para convencerse de que no se había equivocado. Por último, dijo á Martín:

—Que pase esa señora á mi gabinete mientras yo me visto. ¡Correl y cuidado cómo la t. atas.

El prefecto de policía y la señora, que durante dos horas había sido incansable en su empeño de ser recibida, se hallaron por fin, en presencia uno del otro.

IV

No era una equivocación ni un ardid: la persona respondía perfectamente al nombre grabado en la tarjeta. Era la célebre condesa Elena de B..... una de las mujeres más notables de la corte por su posición, su belleza, su gracia y su distinción.

Imposible sería describir el asombro y la confusión del prefecto. Quiso excusarse, explicar su posición; la condesa no le dejó abrir los labios. Su voz desigual y temblorosa, sus ojos dilatados por el terror, que lejos de disminuir parecía apoderarse cada vez más de sus facultades mentales, su palidez cadavérica—si palidez puede llamarse á un color verdoso en las mejillas y morado alrededor de los labios—reclamaban para la condesa algo más que vanas cortesías y frases almidonadas.

—Me acaba de suceder una desgracia—dijo apenas se hubo sentado cerca de la medio apagada chimenea.—Una desgracia como no le sucedió jamás á mujer alguna..... Cesó de hablar: los sonidos saltan inarticulados de sus labios; al cabo de algunos segundos hizo un violento esfuerzo y prosiguió—¡Vd. me salvará! Vd. me salvará, ¿no es cierto?—Se detuvo de pronto y corrió á la ventana para ver si estaba todavía en la calle el coche que la había traído. No lo vió. Lanzó un grito de desesperación, abrió los cristales, miró á derecha é izquierda, lanzó otro grito, y cubriéndose el rostro con las manos vino á arrojar sobre el asiento que había abandonado. Ignoraba que las habitaciones en que se hallaba no daban á la misma calle por donde había venido. El prefecto, que comprendió al momento la causa de su error, se apresuró á tranquilizarla.

La explicación la repuso un tanto. Poco á poco se fueron mitigando el ahogo y la opresión que la dominaban, y cuando pudo respirar, dijo al prefecto que la escuchaba atento, muy atento, porque había tantos suspiros, tanto temblor, tanta emoción en su voz, que era muy difícil entender lo que hablaba.

—Mi marido, á quien Vd. conoce, salió hace ocho días de París para evacuar un asunto de familia..... Durante su ausencia he tenido algunas veces ocasión de recibir en mi casa á una persona..... «un joven»—añadió con esfuerzo—que me fué presentado en la embajada de Austria..... No me arrepentiré nunca bastante de tamaña imprudencia, porque el conde, mi esposo, que es de un carácter extremado y aun peligrosamente celoso, y que además, ha llegado ya á una edad en que no se perdona fácilmente una afrenta conyugal, había notado las atenciones del joven oficial húngaro. Era un oficial húngaro—explicó entre paréntesis.—Sin que yo le hubiese animado en lo más mínimo, ni con mis palabras, ni con mis acciones, este joven creyó aprovecharse de la ausencia del conde para presentarse en mi casa varias veces al día, y algunas noches algo tarde..... demasiado tarde. Por último se había empeñado, siempre en contra de mi voluntad, en acompañarme en mi coche, al salir del teatro, y en subir á mi casa, donde pidió por favor que le dejase estar conmigo algunos instantes. Fué mal hecho el permitirselo, y prueba de ello es el acontecimiento horroroso, terrible que ha ocasionado mi fatal debilidad.....

Al llegar á estas palabras, que la recordaban repentina y vívidamente el suceso que la había traído á aquel sitio, la condesa perdió las últimas precauciones oratorias de que se había servido hasta entonces, y que emplea siempre toda mujer, aun la más desmoralizada, cuando tiene que confesar la pérdida de su reputación, sobre todo á un hombre superior por su posición ó su inteligencia, y gritó en una explosión sorda de desesperación.

—Ese joven era mi amante; sí, mi amante. Yo he sido seis meses su querida, desde que vino, en el personal de la nueva embajada, á perfeccionar sus estudios militares.

V

Esta declaración franca y completa tranquilizó un tanto al prefecto, que desde el principio de la narrativa no deseaba sino ver algo claro para poder saber á qué atenerse. Después de las últimas palabras de

la condesa creyó adivinar con facilidad el final de la aventura, final lógico, vulgar, que consistiría, probablemente, en la vuelta inesperada del marido, la evasión del amante por la buhardilla y la fuga de la mujer, que venía á reclamar su protección contra cualquier atentado del irritado esposo.

La condesa continuó después de breve silencio:

—Yo había exigido al Sr. de Karls.... (así se llamaba el oficial) que no viniese á verme en los últimos cuatro días que faltaban para que volviera mi marido, con el fin de evitar que, por una de esas casualidades tan fatales, éste llegase antes de tiempo y nos sorprendiese con su presencia. Karls.... prometió como todos los amantes, y, como todos los amantes, no cumplió su palabra. Pasó un día sin venir, es cierto; pero al día siguiente se presentó en mi casa, y al otro logró penetrar en mis habitaciones, á pesar de que yo me había negado á todo el mundo. Por último, no obstante una carta del conde, en que este me anunciaba su vuelta para aquel día, por el tren de las tres de la madrugada, Karls.... vino aquella noche, es decir, la misma en que debía regresar el conde, la misma que dura aún....

—El señor conde—preguntó entonces el prefecto con una interrupción muy natural—les ha sorprendido á Vds. juntos y?....

—Mi marido no nos ha sorprendido.

—Podría haber adelantado la hora de su llegada....

—No la ha adelantado.

—Pero entonces ¿que desgracia tan profunda, tan extraordinaria, tan irreparable viene Vd. á confiarme? Quizá exagera Vd., permítame que se lo diga, y lo comprendo. Mas no habiendo heridos, ni muertos, ni nadie....

—¿Que no hay heridos ni muertos, dice Vd. señor prefecto?.... Que no hay heridos, es posible, al menos hasta ahora.... En cuanto á muertos, hay dos.... yo, en primer lugar.... yo que no sobreviviré á golpe tan cruel como el que acabo de recibir; luego, el que está en mi coche.

—¿En su coche?

—En mi coche. Mi amante el Sr. de Karls.... ha muerto esta noche en mi casa, hace dos horas, y su cadáver está en mi coche.

—¿Un cadáver! ¿Muerto en su casa de Vd! ¿Asesinado?

—No; asesinado no, sino, de un ataque cerebral, á mi lado.... ¡Ay! esto es horrible.... Tener que estar pensando en mi reputación, en mi honor, en esa pesada carga del honor que tan inflexiblemente impone el mundo; tengo que estar pensando en el honor de mi marido, cuando quisiera consagrar mi alma entera al dolor, al llanto, al recuerdo de mi amado, vivir de su muerte como he vivido de su vida durante esos seis meses en que he aprendido á adorarlo.... Pero no, no es ese el caso—añadió la condesa con distinto acento, reprimiendo sus sollozos y su desesperación—no, no es ese el caso.... Ya sabe Vd. que tengo un muerto en mi coche ¿qué hacemos con él? Tan sólo Vd. puede sacarme de este trance.

—¿Pero cómo, señora, cómo?

La condesa se había levantado.

—No salgo de aquí sin que haya Vd. encontrado algún medio—dijo uniéndolo su autoridad de mujer influyente á su autoridad de mujer que implora.

El prefecto, que no quería aumentar más todavía la desesperación de su visitante, sino que al contrario, ansiaba con toda su alma librarla de aquel suplicio, que devanaba inútilmente los sesos por hallar algo que resolviese la cuestión. El tiempo volaba entre tanto, y cada segundo era un siglo de ansiedad. La condesa, por toda explicación colocó el horario de su reloj bajo los ojos del prefecto y dijo:

—Las tres; en este momento entra mi marido en París.

El prefecto, decidido á hacer algo, pero sin saber todavía qué, tiró con fuerza de un timbre que correspondía á mi despacho. ¿A quién llamaba? No lo sé; pero yo creo en las inspiraciones, y subí.

VI.

Después de tocar el timbre, el prefecto dijo á la condesa:

—No hay en París, y casi podría decir en el mundo, más que un hombre lo bastante hábil para salvar á Vd. de la situación en que su mala estrella la ha colocado: ¿consiente Vd. en que se le entere del caso? Le he llamado, pero todavía es tiempo si repugna á Vd. que sepa.... Repito que es el único.

—Responde Vd. de su discreción?

—Como de la de Vd., señora.

—Que venga.

—Ya viene.

—Vidocq—me dijo á quemarropa el prefecto apenas entré—Vidocq, esta noche, hace algunas horas, ha muerto de repente casa de esta señora, un personaje ilustre.

—Bien; diremos que ha muerto de repente.

—El marido de esta señora está fuera, pero vuelve esta misma noche.

—¿A qué hora?

—Ahora mismo.... El cuerpo del joven está abajo en el coche de esta señora.... Ese cadáver nos estorba.

—Algo difícil es la cosa—repliqué yo.—Si fuese un vivo.... ¡Pero un muerto! Por fin, allá veremos. Desea Vd. que antes de que amanezca disponga del cadáver que hay en el coche de la señora condesa de B....

—¿Me conoce Vd?—interrumpió ésta.

El prefecto la miró con una expresión que quería decir:—Ya ve Vd. cómo tenía yo razón en llamar á Vidocq.

—Hay un medio—dije yo.

Toda la energía de la condesa se concentró en sus ojos.

—¿Cuál?—preguntó.

—Quiere Vd., señora, que esta mañana, dentro de dos ó tres horas, cuando amanezca, se encuentre á ese cadáver en la calle, cosido á puñaladas?

—¡Asesinado!

—Si, señora, asesinado; tres puñaladas, una en el corazón y dos en el vientre.... Se procede al alzamiento del cuerpo y no se encuentran sobre él ni reloj, ni sortijas, ni dinero. Le han matado por robarle. Durante veinticuatro horas gran escándalo en la capital. Ocho días después nadie se acuerda del caso.... Yo le aseguro á Vd. que la cosa saldrá bien hecha.

—¡Asesinado!

—Si está muerto, ¿qué mal hay en ello?

—¡Basta!—exclamó la condesa cubriéndose el rostro con las manos y rompiendo á sollozar.—¡Basta! ¡basta!.... ¡asesinado!.... no, no, eso no.

Me callé; cada cual guardó silencio durante algunos minutos.

—Ya que ese medio no le conviene—repuse luego, dirigiéndome á la condesa—¿quiere usted que el cadáver que hay en el coche desaparezca como si jamás hubiere existido? Se le buscará, pero no se le encontrará nunca.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Y no tendrá sepultura?

—¡Sepultura!.... Si quiere Vd. también sepultura, entonces mi plan es imposible.

—¿Pero cómo le haría Vd desaparecer?

—Eso corre de mi cuenta. ¿Enseña el cirujano al paciente la sierra con que vá á operarle? Usted quiere que yo la salve del duro trance en que se halla, yo me comprometo á ello, por más que no sea fácil. Por última vez, acepta Vd. el segundo medio que le he propuesto, si ó no?

—No.

Ante respuesta tan seca y categórica tomé el sombrero y me dirigí hacia la puerta. La condesa lanzó una aguda exclamación de locura y dolor que me hizo volver.

—¡Otro medio, por Dios, caballero! Mi vida y mi honor están en sus manos.

—Entonces—repuse—si quiere Vd. que yo pueda hacer algo, dígame puntualmente cuanto ha ocurrido esta noche; sólo así podré ayudarla y salvarla. Hable Vd.; que yo lo sepa todo.

¡A qué fuerza de voluntad hubo de recurrir la condesa para entrar en tan terrible confidencial!

—¡Pues bien—dijo—ya que no hay más remedio!.... El Sr. de Karls.... me arrancó ayer la promesa de que le permitiría pasar á mi lado algunos momentos, después del teatro, y él, por su parte, se permitió quedarse á tomar el té conmigo.

—Era esa la primera noche que durante la ausencia de su marido tomaba el té con Vd. el Sr. de Karls....

—La primera.

—Bueno.

—¿Por qué lo preguntaba Vd?

—Porque de ese modo, su servidumbre de Vd. no pasará los límites de la simple admiración cuando sepa la muerte del Sr. de Karls.... Porque de ese modo no se dirán unos á otros:—¡Calla! es extraño. Aquel joven que había pasado tantas noches en casa es el que ha muerto.... Como si la gente no tuviera que pasar la noche en alguna parte antes de morir. Esos bestias son muy brutos, pero muy peligrosos. Quedamos, pues, en que era la primera noche que pasaba casa de Vd.

—La primera velada, caballero.

—Velada; tanto da.

—Habíamos sentido mucho el frío al volver del teatro—prosiguió la condesa—así es que en cuanto llegué á casa mandé que encendieran un buen fuego en la chimenea. Entre tanto, y mientras el Sr. de Karls.... pasaba la vista por los periódicos de la noche, yo fui á mudarme de traje y de calzado. Volví al momento é hice que me sirvieran el té. Los criados habían caldeado de tal modo el salón, que tuve que llamar á Luisa, mi doncella, para que abriese de par en par las puertas de mi gabinete, con objeto de que el calor, extendiéndose, se hiciese menos intenso.... La atmósfera de la habitación, el té, la conversación, había dado una animación extraordinaria al Sr. de Karls.... Estaba sobremanera excitado y parecía sentir una especie de embriaguez, de fiebre ó de exaltación en la que al principio no reparé; hablaba mucho y aprisa; reía de un modo exagerado; por último, llegó su agitación hasta el punto de tener que pedirme permiso para quitarse la levita ó retirarse. Yo le autoricé para quitarse la levita. Después de haberse vuelto á sentar en el diván, se puso á contarme, con más exuberancia de alegría que antes, una aventura de teatro, un accidente grotesco ocurrido á no sé qué actriz mientras se hallaba en escena; él no cesaba de reír. De pronto, deja de hablar. Pasan algunos segundos, le invito á que continúe la anécdota empezada y no me responde; insisto, el mismo silencio.... Por un instante creí que el Sr. de Karls.... había sentido de improviso un sueño invencible, como algunas veces

sucede. Era tarde, estaba cansado, se había dormido. Sin embargo, llena de extrañeza por tan brusco cambio, me levanto y voy á ver si en efecto.... Las facciones del Sr. de Karls.... estaban horrorosamente contraídas, los ojos en blanco, la boca torcida con horrible gesto. Estaba muerto. Lancé un grito y caí sin sentido á sus pies. Luisa acudió en mi socorro. Entre la muerte y el desmayo ni por un solo instante perdió la cabeza; de un golpe de vista calculó el peligro, y qué peligro más grande, más inminente! Mi marido iba á llegar; antes de tres horas estaría á mi lado. Luisa corre á mi gabinete, trae una esponja mojada en agua fría y me baña la frente, las mejillas y el pecho. Mientras vuelvo en mí, hace rodar el diván al hueco de una ventana y oculta el cadáver detrás de las cortinas. Me dice que es preciso tomar al instante una determinación. ¡Qué resolución iba yo á tomar! Así es que ella sola ha tenido que hacerlo todo. Me había oído hablar del prefecto de policía, quiere ir á ver al prefecto, contárselo todo, ponernos por completo en sus manos, y eso sin perder un momento. Es preciso aprovecharse de que toda la servidumbre está durmiendo para bajar entre las dos el muerto al patio, abrir silenciosamente la cochera, y meterle en un carruaje; despertar luego al cochero y decirle que vamos á salir. Es un buen alemán que llegó el mes pasado á París y no se meterá en averiguar adonde vamos. Por supuesto, dejamos el lacayo en casa; el cochero se las arreglará él solo para enganchar. Yo, entretanto, me pondré un traje de baile para convencer á mi marido, caso de que sea necesario, de que vengo de pasar la noche en alguna fiesta.... Luisa lo imagina, lo dispone y lo ejecuta todo. Yo estoy alelada, llena de atonía; hago lo que ella me manda y la miro con estupor. Pero la pobre Luisa no ha previsto la mayor, la más horrible de todas las dificultades: ¡la de vestir aquel cuerpo sin vida! Los rígidos brazos se negaban á entrar en las mangas y al menor esfuerzo que hacíamos crujían los huesos con siniestro ruido; y para calzarle!.... No, nada puede compararse con aquella dolorosa y sacrilega tarea.... Fué después preciso coger al cadáver y bajarle por la escalera, sin hacer el menor ruido, para no despertar á nadie. Llegamos por fin, abrimos un coche y en él metimos al Sr. de Karls.... Luisa se quedó abajo para despertar al cochero y vigilarlo, no fuese á darle la ocurrencia de abrir la portezuela para algo. Yo subí á vestirme. Cogí cintas, flores, joyas, colorete, alfileres, cuanto estaba á mano, porque no sabía lo que hacía, y con todo compuse mi tocado; hasta ahora no he visto que tráfia un pie calzado de distinto modo que el otro. Lo demás pasó tal como he dicho; apenas ví el coche enganchado, bajé, subimos á él Luisa y yo, y los tres salimos del hotel para venir aquí.

Esto lo contó la condesa de B.... sin detenerse, con una dicción, una sobriedad de palabra, una valentía de corazón que daban escalofríos. Hice lo posible por reponerme, y como me tocaba hablar; dije:

—Señora, una palabra.

—¿Más todavía?... ¿qué, quiere Vd. saber más de lo que le he dicho?—Y murmuró apretando los dientes con violencia, como si hubiese querido desgarrar con ellos su destino:—¡Cuánta afrenta! ¡cuánta vergüenza!

Yo fingí no oírla y pregunté:

—¿En qué calle vive el señor de Karls!....

—¿También es preciso?

—Es indispensable, y el número de su casa.

Me indicó una calle y un hotel.

—Está bien—respondí—dentro de nada todo quedará arreglado.

—¿Cómo?

—Va Vd. á verlo.

—¿Y no habrá puñaladas, ni desaparición violenta?

—Nada de eso; todo se hará del modo más sencillo y natural; dentro de un cuarto de hora el señor de Karls.... estará en su casa. Y usted, señora dentro de cinco minutos—añadió sacando el reloj—estará en su coche, libre ya de la pesada carga que la abrumaba.

—¡Ah! ¡caballero, qué gratitud será la mía! ¿Pero qué gratitud podrá jamás estar al alcance del servicio que Vd. presta?

Y después de saltar al cuello del prefecto y de abrazarle con violenta efusión, estrechó mi mano con una fuerza nerviosa que me hacía daño.

No había que perder tiempo. Abrí la puerta é indiqué á la condesa la salida. Como despedida se volvió hacia el prefecto y le dijo con la mano puesta en el corazón:

—Cuente Vd. conmigo como con Dios.

Martín esperaba en la antecámara con una luz en la mano. Al pasar le dijo también:

—No le olvidaré á Vd.; todo se hará como le prometí.

Bajamos rápidamente la escalera; abrí la puerta de la sala de espera, y como un preso á quien se da suelta, acudió la doncella á unirse á su señora.

—Luisa, todo va bien; pero no me abandones, que aún queda algo por hacer—murmuró á su oído la condesa.

VII

Hice seña á uno de mis inspectores; al más inteligente de los que había sentados cerca de la chimenea. Se levantó; cogió el abrigo, el sombrero y un bastón y me siguió. En dos palabras, de las que sabemos

decir nosotros cuando es preciso, le puse al corriente de todo y le expliqué mi plan.

Nos reunimos en el patio los cuatro: las dos mujeres el inspector y yo. Juzgué prudente que la condesa y su doncella no nos acompañasen; las dije que nos esperaran allí ó en la portería y que no se asustasen aunque tardásemos en volver. ¡Es tan ilimitado lo desconocido en todas las cosas humanas! Lo desconocido para mí y para mi agente era la importante cuestión de saber si el cochero de la condesa velaba ó dormía.

Salimos y á pocos pasos de la puerta nos detuvo la más abominable, la más temida aunque la más prevista de todas las contrariedades. Oíamos cantar en voz alta clara. Era una canción muy popular, muy en boga en aquel tiempo, y que no se me olvidará nunca.

—¡Qué fatalidad!—murmuré sin saber qué determinación tomar. El inspector proponía sorprender al cochero, amordazarle, arrancarle de su asiento y hacer como que le robaba llevándole á un rincón, mientras yo sacaba el cadáver y le hacía desaparecer en las cercanías. No fué de todo mi agrado este plan de campaña. Seguimos andando, nos acercamos al carruaje sin salir de la sombra, y vimos que el cochero dormía como un leño. El que cantaba era un trabajador que se había parado un poco en el puente para ver pasar el agua, y que continuaba de nuevo su camino; la voz se fué alejando poco á poco hasta que el viento nos trajo su último eco.

—¡Ahora!—dije al inspector abriendo la portezuela con tiento. Sacamos el cadáver, le cogí en mis brazos y el inspector fué á avisar á la condesa y á su doncella que podían ya volver. Era un hombre alto, buen mozo, rubio, elegante y vestido con riqueza. Lo llevé al puente, lo tendí en el suelo y lo arrimé á la balaustrada, en la sombra. Hice todo esto en menos tiempo que el que tardo en contarlo. Volví al coche á punto que llegaban las dos pobres mujeres; apenas si podían andar; el inspector y yo tuvimos que ayudarlas á subir. ¡Y qué miradas, qué terror, sin gritos ni palabras, al entrar! Temían volver á ver lo que en él habían dejado.

—¿Me responde Vd.—dijo la condesa cogiéndome con fuerza por un brazo cuando iba á cerrar la portezuela—me responde Vd. de que no se le hará ningún ultraje?...

—Le he jurado á Vd., señora, que dentro de quince minutos el señor de Karls.... estará en su lecho y allí estará.

Saludé, cerré la portezuela con estruendo y con la agilidad de un gato, me alcé hasta el asiento del cochero y dando á este un soberbio tiron de orejas le grité con voz ronca:

—Vamos, ¿no oyes que esas señoras te están diciéndote desde hace una hora que echas á andar.

—Sí, sí,—respondió el cochero empuñando precipitadamente las riendas—¿dónde vamos?

—¡A tu casa, gandull!

VIII

Sin perder tiempo, llevé al inspector al sitio donde estaba el cuerpo del Sr. de Karls.... y entre los dos lo levantamos y lo pusimos de pie, sujetándolo por los brazos y llevándole en peso, como si fuese un borracho. Por fuertes que fuésemos, nos veíamos negros para que el cadáver no se nos escurriese y cayese al suelo. En posición tan poco cómoda nos pusimos en marcha. Yo me dirigía á algún punto céntrico para que fuese difícil, si no imposible, adivinar de dónde había venido el señor de Karls...., entraba en mis cálculos hacer perder la pista á quien hubiese querido saber dónde había pasado la noche el amante de la condesa.

Cuando llegamos á un sitio que creí respondía á mis propósitos, nos paramos á aguardar que pasase un coche. No se hizo esperar. Desde que le ví venir hacia nosotros, dije al inspector que imitase conmigo en todo á dos hombres borrachos á más no poder y que entonasen alguna canción lo más alemana posible. No había acabado de darle esta orden cuando sacó del fondo más tirolés de su garganta una soberbia balada alsaciana que yo sostuve con impavidez. A treinta pasos de nosotros el auriga debió decirse: ¡Vaya unos buenos mozos, cómo la han tomado!—Nosotros entre tanto nos mecíamos á derecha é izquierda, hacíamos reverencias hacia adelante y hacia atrás, en fin, estábamos admirables de perfección y de verdad.

¡Cochero!—le grité cuando estuvimos á poca distancia—¿Quiere Vd. llevar á este caballero á su casa? porque lo que es nosotros no tenemos ni paciencia, ni fuerzas, ni equilibrio para llevarle.

Y sin darle tiempo para contestar, abrimos la portezuela, metimos el cadáver en el coche, volví á cerrar, y poniendo un duro en la mano del auriga, le grité:

—Calle de San Florentino, primer hotel á mano derecha. ¡Anda!

Eché á andar, nos volvimos á coger del brazo como antes, á mecernos de nuevo y tornamos á entonar la balada alsaciana, cual si fuese el adiós de dos borrachos á un tercero de quien se separasen con dolor.

La conclusión es fácil de adivinar. Todo sucedió como habíamos previsto. Al día siguiente los periódicos anunciaban que el noble y simpático joven Sr. de Karls.... heredero de una de las más principales familias de Hungría, y agregado militar de la embajada austriaca en París, había fallecido la noche anterior de apoplejía fulminante, en un coche de plaza, mientras se dirigía á su suntuoso hotel.

Dos días después se leía en los mismos periódicos:
 «Mañana á las doce tendrá lugar en la iglesia de la Magdalena el servicio fúnebre por el eterno descanso del Sr. de Karls.... Se ruega á los numerosos amigos de este joven extranjero, tan prematuramente arrebatado á la alta sociedad, que se sirvan asistir á la triste ceremonia. Debiendo trasladarse el cadáver á Hungría, por disposición á la familia, el duelo se despedirá en la iglesia.»

IX

No diré lo que pasó en casa de la condesa de B.... por la sencilla razón de que siempre lo he ignorado. Probablemente el conde no llegó á enterarse de nada.

Pero la fuerza de voluntad desplegada por la señora de B.... durante la terrible crisis de aquella no menos terrible noche, tuvo que someterse algunos días después, á una prueba cuyo solo recuerdo inspira pavor. Con motivo de las relaciones oficiales del conde con la embajada de Austria, la señora de B.... se vió obligada á asistir, en traje de luto, á los funerales que se celebraron por el alma de su amante. No había medio de pretextar una indisposición: la prudencia exigía audacia, temeridad, aun cuando la temeridad costase la vida.

Durante dos horas, con los ojos fijos en el suelo y el corazón desgarrado, dos horas que fueron dos eternidades, sufrió el espantoso espectáculo de su amante muerto, de cuerpo presente, ante su vista, sin poder gemir, sin poder arrodillarse á los pies de aquel cadáver, sin poder gritar á aquel muerto adorado: ¡Adiós.... adiós!....

Dios la condenó al suplicio de la indiferencia, al tormento de la dignidad.

Ya la castigaba con demasiada crueldad prohibiéndola llorar. Así es que el llanto comprimido la ahogó, la envenenó al caer sobre su corazón. El dolor se trocó para ella en melancolía, la tristeza en languidez. Después vino la enfermedad; después llegaron los médicos; dieron un nombre á aquella enfermedad; un nombre griego ó latino; hipertrofia del corazón, me parece. Sí; del corazón estaba enferma, pero su enfermedad era el amor. La pobre condesa de B.... había vivido por el amor; muerto el amor, murió ella. ¿Que quiere Vd? Las grandes pasiones es lo único que hay lógico en este mundo; por eso matan.

X

La condesa ha muerto.
 Esta sortija es recuerdo suyo y no me separaré de ella mientras viva.
 Luisa y Martín—el ujier—viven independientes y felices.... Son casi ricos.
 Ese es el drama.

LEÓN GOZLÁN
 (Traducción de M. Alhama.)

INTRODUCCIÓN (1)

Dedico esta introducción
 A Est. bane: Calderón,
 Cuyo soneto A Sevilla
 Es todo una maravilla
 De luz y de inspiración.

Cielo brillante; fuentes rumorosas;
 Ojos negros; cantores y bervenaz;
 Altares adornados de azucenas;
 Rostros tostados; perfumadas rosas.

Bellas noches de amor esplendorosas;
 Mares de plata y luz; brisas serenas;
 Rejas de nardos y claveles llenas;
 Serenatas; mujeres deliciosas.

Cancelas; orientales miradores;
 La guitarra y su triste melodía;
 Vinos dorados, huertas, ruiseñores,

Deslumbradora y plácida poesía...
 He aquí el pueblo del sol y los amores;
 La mañana del mundo: ¡Andalucía!

MANUEL REINA

(1) De un libro inédito, titulado *La tierra de María Santísima*.

MADRID.—Establecimiento tipo-litográfico. Real, 1.

ANUNCIOS

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA

DE LA

BIBLIOTECA UNIVERSAL

CALLE REAL, NÚMERO 1 CUADRUPLICADO, (CHAMBERÍ)

Montada al vapor, y con arreglo á los adelantos hasta hoy conocidos

Se hacen periódicos, revistas ilustradas, membretes, estadística, circulares, tarjetas, cromos, y todo lo perteneciente á imprenta y litografía.

LA DIANA

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Esta publicación que constará de 16 páginas de escogida lectura, aparecerá los días 1 y 16 de cada mes.

La empresa de LA DIANA, deseando que esta REVISTA figure á la cabeza de las publicaciones de semejante índole, no ha omitido gasto alguno para que en estas páginas colaboren los escritores más eminentes.

Los amantes de las letras y las ciencias encontrarán siempre en esta REVISTA una propaganda decidida y entusiasta de los adelantos de la presente época, á la vez que un medio de seguir el movimiento intelectual y político de todas las naciones.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—RESTO de Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

España: 1 peseta línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados, precios convencionales.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de comunicaciones; optando por este medio, deberá hacerse bajo certificado. El pago siempre adelantado.

OFICINAS DE «LA DIANA»

PLAZA DE LA INDEPENDENCIA, NUMERO 10, 3.º DERECHA